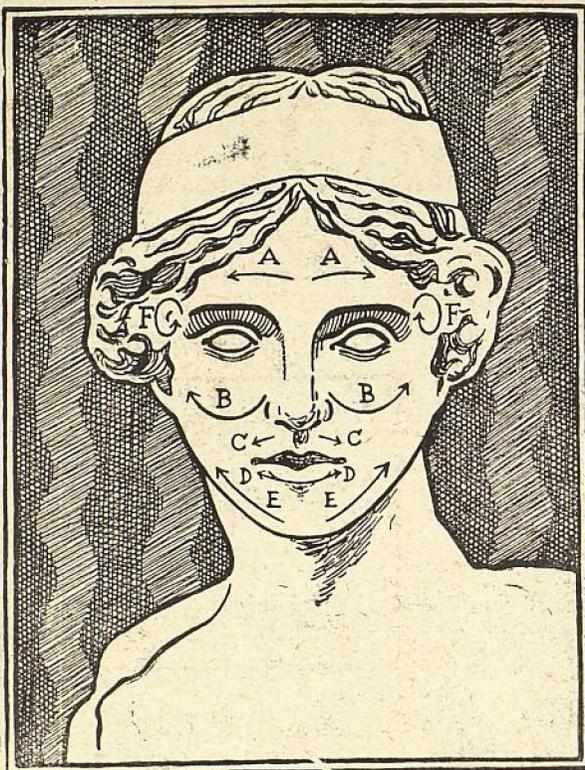




—¿Te has fijado cómo aguanta este tío?

—Pero, ¿cómo no va a aguantar? ¡Si está casado, tiene doce hijos y vive con la suegra!

Dib. CASTANY.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

7.—Muy útil en casa

Mortero
DON

8.—Propio de bobos

T
Negación
I
O



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

9.—Máquina

500
1000 1000
O
INFAME

10.—Charada

—La cuarta tercia cuarta prima segunda, tanto.
—Bueno, pero ¿cuarta prima segunda cien pesetas?
—Eso sí, todo.

11.—No ha habido este año

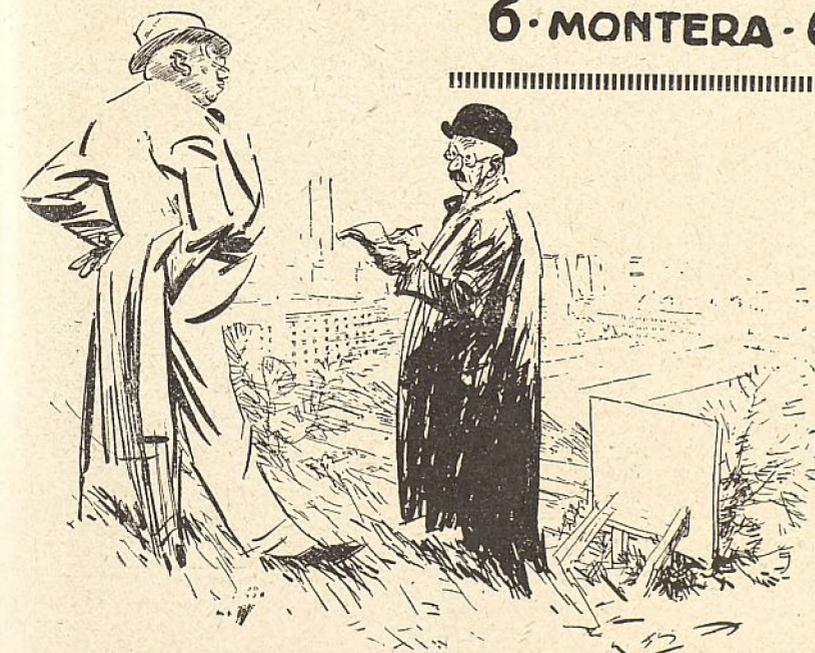
Septentrión.
V 500 V
PARA TRILLAR NO

12.—Charada

Aquí el chico está perdiendo mucho; ni prima segunda nada ni tiene prima segunda tercia nada. Más prima segunda cuarta si le encargases de la todo.

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre



—El repórter, al propietario de la finca.— ... ¿Y cuántos hombres trabajan en la fábrica...?

—El propietario.—Uno de cada diez.

De The Passing Show.—Londres.

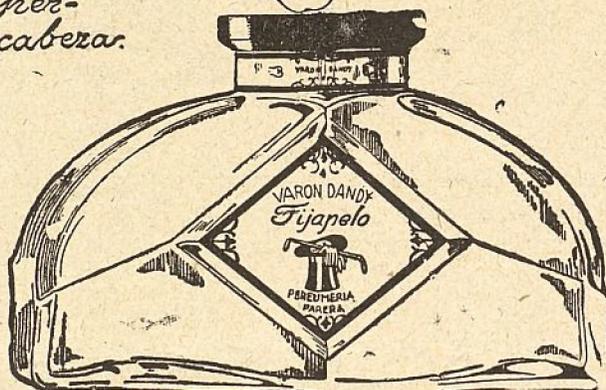
Ayuntamiento de Madrid



¡Todos; hacen extensible elogio del FIJAPELO Varon Dandy. Creacion la más perfecta y de buen tono para el fijado permanente que embellece la cabeza.

PERFUMERIA
PARERA

Badalona



BALL
VAL

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta
marca y nombre
BELEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera» Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Sirve para todos los usos. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor Selecta» Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte» La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 ptas., según cabida.

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que



quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Unico que ha obtenido Gran Premio.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

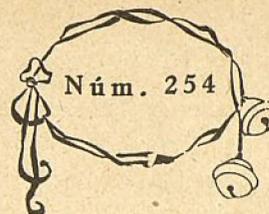
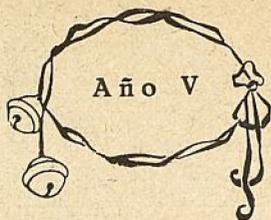
Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades: Loción cutánea contra arrugas, granos etc., Cremas y polvos

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Buenos Aires, don Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)

Argente y Hermanos de Madrid



PARECE CUENTO

La última curda de "Frasquito"

CUANDO dije a mi amigo Pepe Luis de Triana que lo iba a contar en un periódico se puso pálido y me rogó que cambiase el nombre de los protagonistas y el lugar. Pero yo lo voy a contar como se lo oí a él, con su parlita pintoresca y su ceceo andaluz. Aunque me cueste reñir con mi amigo Pepe Luis.

Yo no tengo la gracia, gracia andaluza pura, claro está, de él, pero a mi manera voy a narrarlo. ¡El sí que lo haría con gracia! Pero, en fin. Empecemos bien. *Pues señor...*

En una pequeña villa andaluza a cinco kilómetros de Sevilla—que se dirá si viene al caso—vivía el "Tío Frasquito". El tal era un hombre encuentón, vagabundo, que hacía de todo, con lo que quiero decir que no hacía nada; nada más que emborracharse concienzudamente.

Los "chatos" le volvían loco y por ellos peligraron sus narices más de una vez.

En la taberna del "Curro" se pasaba el día y la noche hasta que cerraban. Entonces, con grandes dificultades y haciendo honor a toda clase de curvas, el bueno de "Frasquito" daba varios pasos y acababa resignadamente por echarse en el quicio de algún portal. Solía tener preferencia por el de los Vélez, no lejos de la taberna y ancho y "cómodo" al decir de él.

Allí le sorprendía el sol y el portero. El sol le iluminaba un poco y el portero le daba buenos consejos. Los dos desinteresadamente, como es natural.

"Frasquito", cuando dormía, lo hacía bien, coimado de ronquidos y como si le dieran el cloroformo. No se enteraba de nada. Dormía como un bendito. ¡Y por qué no iba a ser el "Tío Frasquito".

Una noche en la que las estrellas

no se determinaban a salir de frío que hacía, el concienzudo borracho salió como siempre camino de su refugio.

—¡Qué bueno es esto de no tener que deshacer la cama!—pensó.

Y se tendió en el umbral de la puerta. Al rato dormitaba como acostado sobre un colchón de plumas. El nuevo día le hubiera sorprendido allí, como tantos otros nuevos días, a no pasar mi amigo y otros contertulios que habían acordado de pronto en el Casino

irse a Sevilla aquella misma madrugada.

Creo que fué Pepe Luis el que dijo, viendo tumbado en el suelo a "Frasquito".

—Vamos a llevarnoslo en el auto a Sevilla. Es un juergaso. ¡A ver qué pasa!

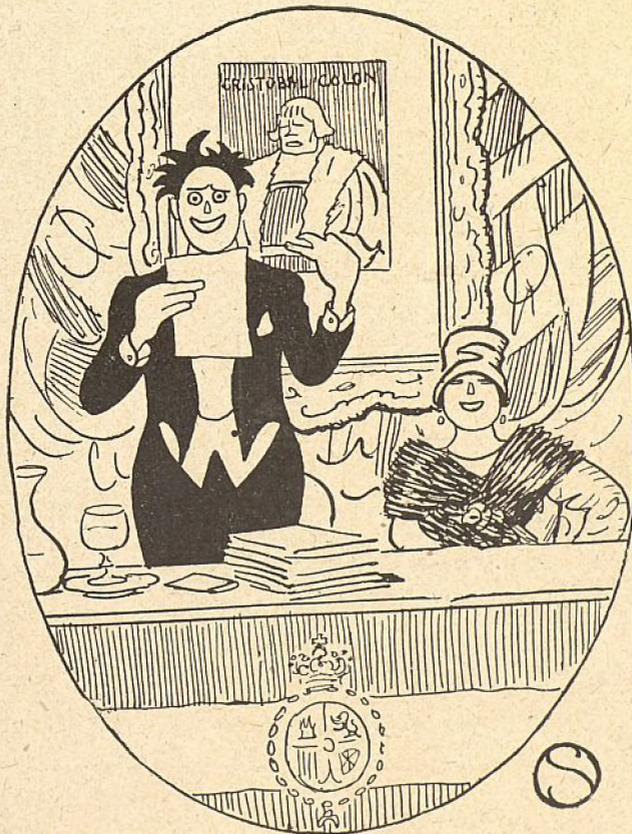
Descendieron del coche, lo cogieron entre todos y...

Al poco rato, por la carretera de Sevilla, trepidaba un auto con cuatro borrachos y otro que lo estaba más. Los cuatro borrachos eran los amigos de mi amigo y el otro... bueno, del otro ¡no hay que hablar! *Es nuestro héroe*, como se escribe en algunos folletines.

Llegaron a la ciudad del Bétis y a los cuatro graciosos les pesaba ya el juergazo. "Frasquito" ni se había enterado y no sabían qué hacer con él.

—¡Si parece que l'han dao cloroformo! —dijo no sé quién.

En una calleja apartada en donde había un gran portón dejaron aquella carga alcohólica. Y continuaron la juerga ellos solos.



Dib. SILENO.—Madrid.

Ya clareaba bien el día cuando "Frasquito" se empezó a despabilar. Se estiró, alzó la cabeza, miró al cielo, como de costumbre, y se incorporó un poco.

De pronto se quedó atónito mirando hacia arriba. Y luego exclamó en voz alta:

—¡Ay, maresita mía, y qué curda estoy! ¡Pues no estoy viendo la curda? ¡Uy, qué gracia tiene esto! ¡Hay que dormirla má!

Y la sentencia, filosóficamente dada, fué cumplida. "Frasquito" se volvió a dormir.

Al rato le despertó un rumor de trajín al que no estaba acostumbrado.

—¡Pero qué es esto?—se debió decir—. Yo sigo curda. ¿Qué me pasa a mí? ¿Seré de esos que tién sueños y que no saben lo que hasen? ¿Dónde estoy?

Acertó a pasar por allí un guardia. No era el municipal de su pueblo. No le conocía. No obstante se fué "Frasquito" hacia él y le interpeló:

—Oiga, amable *quindilla*, ¿dónde estoy?

El guardia, que era un tipo flamenco y juncal que estaba pidiendo un sombrero ancho mejor que el casco ridículo e insoportable, le miró un rato y contestó con sorna:

—¿Es qu'ha nasío osté así de grande, ya vestío y con barbas y tó, hoy? ¿Acaba de llegar ar mundo? Pos enhorabuena, que está osté en Sevilla. ¡Na más!

—¿En Sevilla?

—¡En Sevyilla, hombre! ¡En la tierra de Maria Santísima!

"Frasquito", a su vez, le miró y prorumpió en una carcajada insultante.

—¿En Sevilla? ¡Ja... ja...! ¡Hoy nos hemos levantaos toos curdas!

Aquella frase molestó al celoso guardia. Y la risa descomunal, tremenda, de "Frasquito", que se doblaba.

Y le llevó detenido, por desobediencia a la autoridad.

En el camino "Frasquito" miraba a un lado y a otro, todo asombrado.

—Lo que me pasa a mí hoy es para hacer una novela...—decía—. Ná, que parece que estoy en Sevilla. ¡Lo que hace er vino! ¡Ya me lo desía mi pare!

Compareció ante un comisario. Le hicieron las preguntas de rúbrica. Habló el guardia y luego él:

—Yo no farto a naide. Es que este guardia, me dise que estamos en Sevilla...

—¿Pues dónde quiere usted que estemos?—gritó encolerizado el comisario—. ¡Naturalmente que estamos en Sevilla!

"Frasquito" miró en su redor. Y, no convencido aún, exclamó otra vez:

—¡Bueno! ¡Hoy tóo er püeblo se ha levantaos curda! ¿Pos no dise este también que estamos en Sevilla?

El comisario, entonces, le hizo más preguntas y le tomó por loco. Y le puso en libertad.

"Frasquito" vagó un poco por las calles y preguntaba a todos lo mismo:

—¿Dónde estoy?

Hasta que se convenció de que estaba en Sevilla.

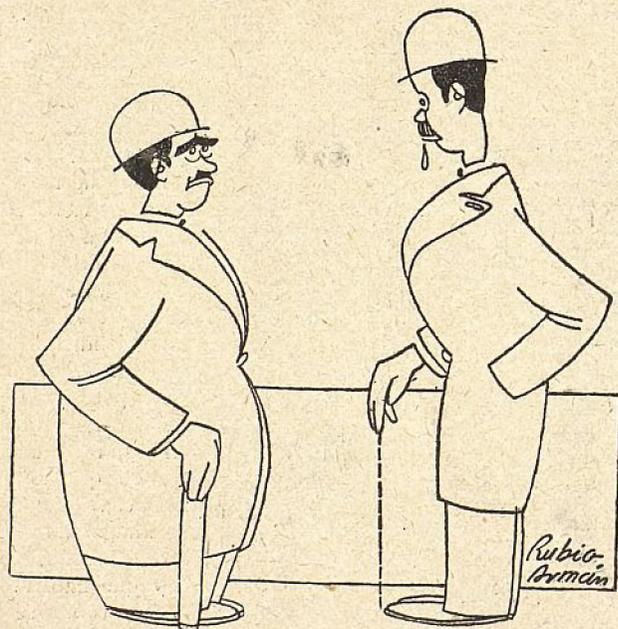
—¿Pero cómo he venio hasta aquí?—se decía—. ¿Seré un sonámbulo? ¿Qué fuersa m'ha traío? ¿Quién? ¿Cómo?

"Frasquito", que era muy supersticioso, se echó a temblar. Empezó a pensar en los duendes, en mil diabluras. ¡Esto es para volverse loco! Y se volvió.

Un loco pacífico que anda por las calles de Sevilla preguntando que dónde esta y qué hacía y dónde cae la taberna del "Curro".

Todo por un juergaso...

E. ESTEVEZ-ORTEGA



Lib. RUBIO ARMAN.—Madrid.

—A mí me gusta el bastón muy grueso por si surge alguna bronca.

—Pues por eso precisamente lo llevo yo finito; porque a lo mejor se lo quitan a uno y le dan con él.

BUEN HUMOR se vende en San Juan de Puerto Rico en la Librería
de don Felipe Campos, Apartado número 961

COMEDIAS RAPIDAS

El conflicto de lord Walpole

COMEDIA GENUINAMENTE INGLESA, CUYA ACCIÓN TRANSCURRE EN LONDRES, CAPITAL DE INGLATERRA, SOBRE EL TÁMESES.

(Voy a tener el gusto de presentar a los lectores de BUEN HUMOR varias comedias rápidas, propias de diversos países. Comenzaré por dar a conocer a ustedes EL CONFLICTO DE LORD WALPOLE, comedia eminentemente inglesa.)

Personajes: Los que vayan saliendo.

Decoración: Saloncito "azul" en el palacio de lord Walpole, situado en el tierno cogollo de Londres.

Es de noche. En el palacio se celebra una fiesta. Dentro suenan violines y algunas toses, hijas de intensos catarros británicos.

Al levantarse el telón la escena está más sola que el faro de Vigo. En seguida, por la derecha entra lady Walpole, hermosa dama que ha cumplido los veinte años hace ciento veinte meses. Lleva un traje de abrigo. Bueno, el traje es de tisú de plata, pero digo que es de abrigo porque le ha costado carísimo y es muy elegante. Lady Walpole entra con mucho misterio y viene agitadísima.

LADY. (En inglés.)—¡Oh, Dios mío! La emoción apenas me deja hablar... ¿Qué va a ocurrir aquí? Entre los invitados he visto a Horacio Sterling... Seguramente querrá hablarme y si mi marido sospechase... ¡Oh, qué horror, qué horror! (Se derrumba en una butaca de Dublín.)

(Por el foro entra HORACIO STERLING, hombre de cincuenta años pasados: veinte pasados en Londres y treinta pasados en Escocia. HORACIO espía por todas las puertas y luego se inclina, elegantísimo ante lady Alicia Walpole.)

HORACIO.—Lady Alicia...

LADY ALICIA.—(Alzando la rubia testa) ¡Sterling! ¡Vos!

HORACIO.—Yo. Yes.

LADY ALICIA.—¿A qué venís?

HORACIO.—¿A qué podré venir?... Vengo, lady Alicia a... (Su voz baja.) There is the window, litle for west...

LADY ALICIA.—¡Oh! (Anhelante.) Wen tho you yellow?

HORACIO.—Five o'clock tea.

LADY ALICIA.—(Horrorizada.) ¡No,

no, por Dios! ¡Alejaos! ¡Oh, no sabéis lo desgraciada que podéis hacerme!

HORACIO.—Pero, ¿como irme? ¿No comprendéis que sufriría más?...

LADY ALICIA.—¿Y mi marido?

HORACIO.—Le amo. Os lo juro por Oliverio Cronnwell.

LADY ALICIA.—¡Mas él no podrá comprender!



Dib. GALINDO.—Barcelona.

LA ORACION DE COLON EN UN BOSQUE DE COCOTEROS
—¡Dios mío! ¡Tú que me has hecho sufrir tantas adversidades sin el menor temblor, haz que no tenga miedo ahora si viene el coco!

HORACIO.—Comprenderá. ¡Todo, todo antes que perder mi dicha!

LADY ALICIA.—¡Oh, Dios mío! It is where the steward...

HORACIO.—(Tajante.) ¡Bridge!

LADY ALICIA.—(Furiosa.) ¡Law tennis!

HORACIO.—(Insinuante.) Foot-ball...

LADY ALICIA.—(Llorosa.) Puzzle...

HORACIO.—Yes. (Coge el rostro de lady Alicia entre sus manos y la besa los áureos cabellos.)

(Por la izquierda entra entonces lord Walpole, hombre de unos cuarenta años, elegantísimo y tan delicado, que siempre lleva algodón hidrófilo en los bolsillos para coger las cosas sin mancharse.) (Ve cómo Sterling besa los cabellos de su mujer y avanza en silencio con el rostro inmóvil.)

LORD WALPOLE.—(Saludando.) Good morning.

LADY ALICIA.—¡Bernardo! ¿Eres tú?

HORACIO.—(Señalando a Walpole.) ¿Vuestro esposo?

LADY ALICIA.—Yes.

HORACIO.—Presentadme lo. (Lady Alicia presenta a los dos hombres.)

LORD WALPOLE.—Sentaos, mister

Sterling (Se sientan ambos. Ofreciendo tabaco a Sterling.) ¿Capstan cigarette smoking?

HORACIO.—Yes. Tank you. (Fuman cigarrillos.)

LORD WALPOLE.—Lo he visto todo. Contestadme. ¿Besábais los cabellos de mi mujer?

HORACIO.—Un inglés no puede mentir. Los besaba. (Lady Alicia ahoga un grito. Lord Walpole muerde el cigarrillo.)

LORD WALPOLE.—Explicad por qué besábais los cabellos de lady.

HORACIO.—La amo.

LORD WALPOLE.—Es una razón poderosa. Sin embargo, ella está casada.

HORACIO.—Lo sé. Y no me importa. Un inglés no debe mentir.

LORD WALPOLE.—¿No os importa que esté casada?

HORACIO.—No.

LORD WALPOLE.—He aquí un caso curioso. Y bien: ¿ansíais morir?

HORACIO.—Un inglés no debe mentir. No quiero morir, Lord Walpole.

LORD WALPOLE.—Pues yo tendré que mataros.

HORACIO.—(Encogiéndose de hombros.) ¡Patience! ¡Paciencia!



Dib. Cobos.—Madrid.

—Oiga usted, buen hombre, dónde compraría una lata de "foie-gras".

—Fugras... fugras... como nun lo haiga en la botica.

LADY ALICIA.—(Desmelenándose.) ¡No, no! ¡Morir, no! ¡Antes que eso, yo diré el terrible secreto que...!

HORACIO.—(Levantándose de un salto.) ¡Callad! ¡Callad digo!

LADY ALICIA.—¡Si callo, moriréis!

HORACIO.—¿Qué importa? Después de todo, tengo la grippe...

LADY ALICIA.—¡No! Sé que estáis sano. Mentís para que a mí no me importe vuestra muerte... ¡No moriréis!

HORACIO.—(Haciendo paradojas inglesas.) Tengo para mí que la muerte es lo más vital.

LADY ALICIA.—(Imitándole.) Sólo hay vitalidad en el movimiento.

HORACIO.—Pero ¿acaso el movimiento no es utopía?

LADY ALICIA.—El movimiento es real e hijo de la vida completa.

HORACIO.—La vida... Es decir: nada.

LORD WALPOLE.—(Metiendo cuchara en aquellas sutilezas.) Nada, y todo, es verdad.

HORACIO.—¿No creéis que el movimiento es lo más quieto que existe?

LORD WALPOLE.—No. Creo que el movimiento se demuestra andando. (Y para demostrarlo, saca una pistola automática y la dispara contra Sterling, que cae muerto.)

HORACIO.—(En la agonía.) ¡Oh! Escoc'a... El bacalao... El secreto de lord Kitchener... (Muere.)

LADY ALICIA.—¡Ha muerto!

LORD WALPOLE.—(Flemático.) Yes. The iss fiambre.

LADY ALICIA.—¿Qué habéis hecho? ¡Era mi padre! ¡Era mi padre! Pero siempre os oculté que vivía porque era de humilde condición...

LORD WALPOLE.—¿Soy, pues, un asesino?...

LADY ALICIA.—¡El asesino de mi padre, sí! Vos le matásteis...

LORD WALPOLE.—No lo volveré a hacer.

(Varios invitados se agrupan horrorizados en la puerta del foro.)

LADY ALICIA.—¡Padre, padre!

LORD WALPOLE.—(Haciendo mutis desesperado.) ¡I the seven by tumming for the Tamesis!... (Se va y cae el

TELÓN

EL LECTOR.—Oiga usted ¿qué ha dicho al marcharse?

Yo.—Que se va a tirar al Tamesis.

EL LECTOR.—¡Ah! Vaya una tragedia. ¿eh?

Yo.—¡Horrorosa, horrorosa! No me diga usted nada.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA
Piccadilly Circus (Londres).

SEVERA CRITICA DE UN ACTO NEFANDO

(PUBLICADA CON CENSURA ECLESIASTICA)

Aunque yo, de vez en cuando escriba en forma pitorréica y coreográfica, y me permita ciertas guasas acerca del mundo, la sociedad, la familia, el honor, el amor y la farmacopea, debo confesar que no soy ni mucho menos el títere pelafustánico que mis prosas hacen suponer. Muy al contrario, soy un ciudadano nada sonriente, bastante cavernoso a veces, pesimista a mediados de mes, y formal en mis ratos de ocio. Estoy casado legalmente, tengo hijos, me faltan dos muelas y me he leído todas las obras de Cicerón, pésimamente traducidas, pero me las he leído. No creo que necesitaré más pruebas para demostrarles a ustedes que no soy un juerguista frívolo, ni un pollo baladí, ni un paseante inconsciente, sino un noble ibero con la cusca hecha a mi medida, desde hace una barbaridad de años. ¿Se han convencido ustedes ya? ¡Pues adelante!

Pienso que, después de todo esto, no les costará a ustedes gran trabajo el creer que yo soy un hombre metódico, frío, severo escasmamente curda, parco en las comidas en lo que cabe (y cabe lo que parece imposible que pueda haber), y, como resumen de todas las perfecciones apuntadas, acendradamente católico, hidrofóticamente apostólico y mussoñicamente romano. ¿Hay quien dé más? ¡Porque lo tomo en seguida!

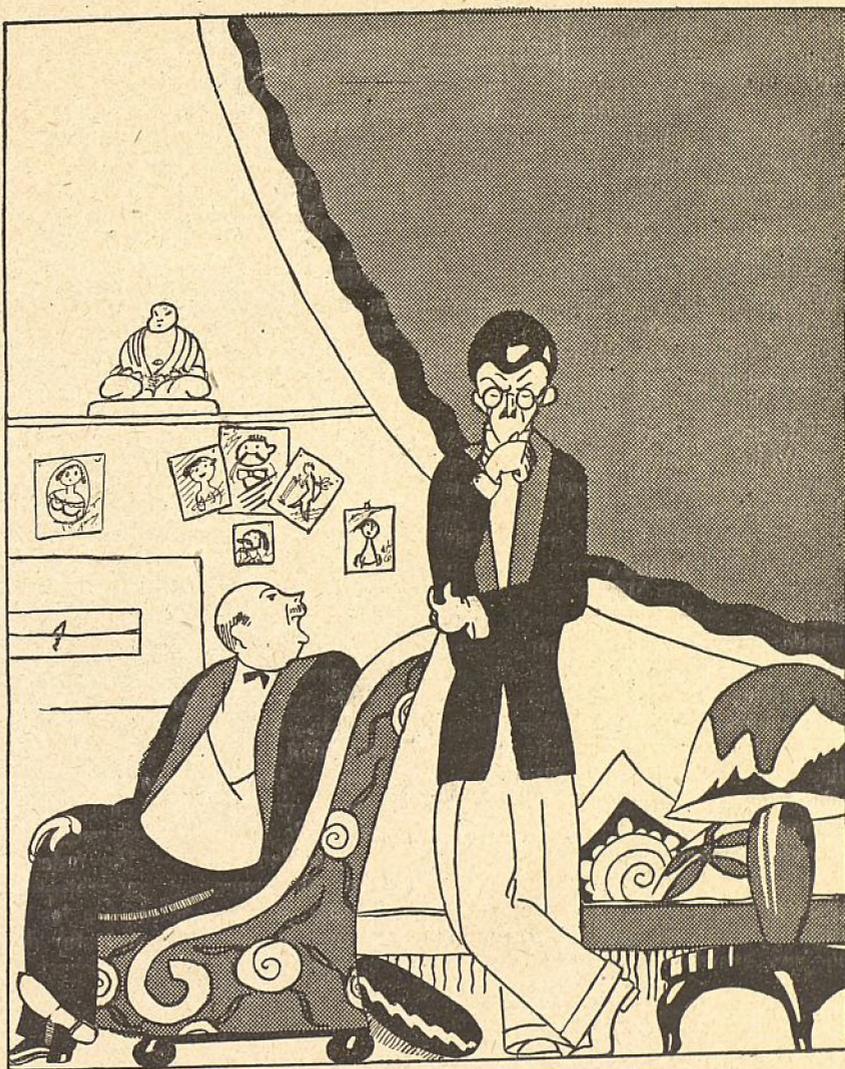
Mi ortodoxia es la admiración de los vecinos, mi piedad religiosa el espanto de los mendigos que pululan a las puertas de los templos con manifiesto caso omiso del conde de Vallediano y mi unción es tan extrema que parece que me estoy muriendo a todas horas. Asisto a misa a diario, y los domingos dos veces, y todas las veces que son precisas las fiestas de guardar (aunque yo no guardo nada, porque me lo gasto todo, y más que tuviera). Y esto lo digo en forma algo ligera y humorística, porque lo digo en BUEN HUMOR, pero si lo dijera en *El Debate* lo diría rabiando y es seguro que lo creerían ustedes mucho más a pies juntillas que lo están creyendo en este momento.

De todas maneras, sépase para siempre mi fe inquebrantable en el dogma, mi observancia desmesurada de sus

preceptos mi palidez mística y mi furor creyente que ha estado a punto de rayar en el fanatismo y que no raya porque soy bastante calvo, que no por otra cosa.

Todas estas afirmaciones previas, que a ustedes les habrán chocado más que un auto de a cero cuarenta con-

ducido por chofer miope, no tienen más finalidad que la de prepararles a ustedes para que no me tomen por un anarquista cesante o por un ateo sanguinario o por un banquero judío y taimado (lo de judío no es insulto, lo de taimado sí), al ver que en estas líneas me dispongo a atacar a un religioso



Dib. ALVAREZ HERRERO.—Madrid.

BENEFICIO DE LOS AUTORES

—Le veo poco satisfecho del resultado económico del beneficio.
—Sí, es que como somos cuatro, yo sólo cobro la cuarta parte del teatro, ¡y me ha tocado la menos llena!

con la misma implacable furia con que atacaría a un enemigo en el campo de batalla o a una criada guapa en la cocina, si yo tuviese criada, y, sobre todo, si yo tuviese cocina que, no sólo no la tengo, sino que ni idea de para lo que se utiliza.

¡Sí, señores... Sí, señoras... Sí, niños... Sí, militares sin graduación... Voy a atacar a un religioso y lo voy a hacer con ímpetu, con energía, con barbarie y con más razón que un santo. Mi catolicismo no me detendrá, ni me detendrá tampoco mi humildad cristiana, ni creo que me detendrá la policía, aunque de menos nos hizo Dios y a veces se descuida uno y se arma un lío sin saber cómo. Voy, en resumen (y lo digo por tercera vez para que conste y para no decirlo la cuarta que sería va demasiado), voy, repito, a atacar a un religioso, y lo voy a atacar porque lo merece y porque me da la cuproníquel gana...

Que se defienda, si puede, y vamos al asunto.

Ante todo, hagamos constar que el religioso a que me refiero es inglés, protestante, casado y obeso, pero no por eso deja de ser religioso, claro que en su religión, que no es la mía, pero es religioso y hemos concluido.

Este mayestático tío se llama Clayton White y ejerce de pastor protestante en cierta parroquia modesta, de tan escaso número de feligreses que si esa parroquia la tuviera el Café Oriental tendría que cerrar, pero que a escape. Clayton White, como ya le dicho, es casado porque, según saben ustedes muy bien, la religión protestante autoriza ese pernicioso desván que la nuestra, según el Padre Petavio, rechaza y, según el Padre Mariana, repulsa, y, según el Padre Ampudia, repudia. Y Clayton White tiene ocho hijos, con lo cual ha demostrado al mundo que es mucho más padre que el Padre Ampudia, que el Padre Mariana, que el Padre Petavio y que otros varios padres que no nombramos por falta de espacio y porque no nos acordamos de sus piadosos

apellidos. En suma, que Clayton White es padre de ocho gachós y que esto es el evangelio, aunque los ocho socios opinan que es el padrenuestro, mejor dicho el padre de ellos, y que sea por muchos años y que nosotros lo veamos si vamos a Inglaterra.

Hasta este momento, ustedes no habrán encontrado nada censurable en la conducta de Clayton White. Tener ocho hijos no es una barbaridad (son ocho y gordas), pero es que nuestro protagonista es reo de otro delito mucho más repugnante y oleaginoso. Nuestro protagonista, si no miente un telegrama que ha publicado toda la prensa del Universo, ha engañado a su esposa con una miss y sin más ni más a primeros de mes.

Clayton White, como consecuencia de este pasc ha abandonado a sus ocho hijos, a su esposa y a su madre política, que suman diez, y se ha mechizado en los diez con la misma furia que si le hubiera pisado un callo en la vía pública un mozo de cuerda voluminosamente cargado. De nada ha servido que la esposa le denuncie, que la suegra le maldiga y lamente no haber empleado más que dos vajillas en la tramitación de las conversaciones familiares y que los ocho niños de Clayton anden ahora en coplas por la calle como si fuesen los siete niños de Erija y un amiguito. El liviano pastor ha dicho al juez que busca en la miss el amor que no encontraba en el hogar, y ha denunciado a su vez que era pastor en la iglesia, pero que en su casa estaba cansado de ser borrego y eso se tenía que acabar.

Y parece ser que el juez anda algo atónito por ser el primer caso que se presenta en la Gran Bretaña de una infidelidad conyugal a cargo de un religioso. Pero yo protesto, señores, protesto con toda mi energía y en nombre de la religión escarnecida, de esa atrocidad británica. Por única vez en mi vida tengo que ser protestante. al mismo tiempo que niego a los protestantes el derecho a protestar de lo que yo protesto. Y sin embargo, re-

conozco que esto tenía que ocurrir un día u otro, o los dos días juntos. Autorizar a un sacerdote a que se case, es ponerle en el duro trance de que se aburra de su señora y busque otra para variar, lo mismo que al niño a quien se le obsequia con un merengue hay que vigilarle mucho para que no violente la puerta de la despensa y se jame un pastel de puding.

Y con decir que, a pesar de todo, Clayton White es un miserable apóstata y que no volveré a saludarle más en mi vida (aunque no le había saludado nunca, pero es igual), termino rogando a Dios por la salvación de su alma, si su suegra no se la rompe antes en venganza, en cuyo caso no hay salvación posible.

Al principio de este hereúleo trabajo se hace constar seriamente que se publica con censura eclesiástica.

Añadamos ahora que es el único trabajo literario (o lo que sea), que se publica con censura eclesiástica, en un periódico festivo en lo que va de siglo.

Y expliquemos esto en dos palabras:

Un servidor ha tenido la bondad de leer estas cuartillas a un sacerdote coruñés, con el que mantiene una disparatada amistad hace muchos años. Y el sacerdote, en el seno de la confianza, ha tenido para mi artículo varias frases de censura severísima y agria, que me han disgustado mucho, aunque no me han impedido publicar el trabajo porque no tenía tiempo para hacer otro.

Y como nadie podrá negar que eso es una censura eclesiástica, queda aclarado el por qué de haber dicho al principio que con censura eclesiástica se publicaba.

Esto es hablar bien el castellano y lo demás son tonterías.

ERNESTO POLO

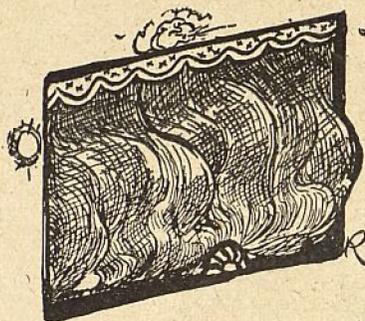




—¡Chico, qué bien lo pasamos ayer! Fuimos con Polito y Ramiro a bailar a Niza, luego a cenar a "Los Gabrieles", después al Cabaret y de madrugada al Retiro. ¡En fin, chico, una juerga!
—Sí, sí. Ya veo que os habéis soltado el pelo.

RAMONISMO

GESTOS DEL TELON



Yo muchas veces voy al teatro por volver a ver el telón.

Hay telones simpáticos, amigos, que hacen suponer detrás de ellos todo el arte dramático.

Muchas veces el mal momento del teatro es cuando se levanta el telón. Parece que se achica el espectáculo, que aparece con un fondo próximo lo que con el telón echado tenía un fondo ilimitado en que se escalonaban algunos siglos, y aparecía el enladrillado que va de los ladrillos de tamaño natural a los ladrillos infinitesimales en que el ajedrezado disminuye hasta el paroxismo.

La espera ante el telón corrido está llena de sueños y se escucha la rebulencia de Sakespeare, de Caledrón, de Lope de Vega y de Tirso.

Todo el arte dramático está in-somne detrás de la cortina de su lecho, que es el telón. Una indiscreción demasiado temprano y se vería a Desdémona en camisa, o, peor que eso, en actitud de las Venus del Tiziano.

Hay telones de más confianza que cuelgan en teatros familiares y que son como el botín del teatro.

Hay telones de terciopelo, generalmente en teatros en que la mujer domina, que tienen mucho de batas opulentas, y que cuando se suelen abrir por medio parece que van a mostrar a la protagonista en el tocador.

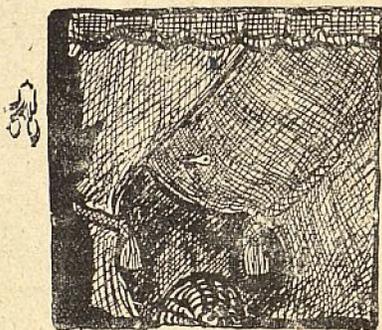
La tienda de telas para telones es difícil de encontrar. Es un gran almacén que está establecido en un edificio que fué silo antiguamente, y las piezas para telones se muestran por diez dependientes obsequiosos que los desenvuelven todos a la par, como

remeros o soldados de la obsequiosidad.

Los telones zurcidos son como banderas del arte que lo embozan en su vejez. Al ver esos concusidos que no se pueden disimular, se ríe uno de que el hombre crea que no se ven los que él lleva en su capa.

Frente a los telones espesos se presiente el teatro del porvenir y los autores dramáticos ven sus obras futuras, calculando sus novedades, sus efectos, la proporción de cada escena.

Hay un momento en que la luz de la sala se apaga y el telón sólo queda alumbrado en su fimbria, que se podría decir que al telón se le ha su-



bido el pavo por el rubor extraordinario que le arrebola como si tuviese arrebatado de debutante. En ese minuto antes de su alzamiento ha avanzado muchísimo, está más cerca de todos, nos abrumba con su gravitación. El gigante nos tiene a sus pies y casi nos va a pisar.

Los gestos del telón son variadísimos y hay que tratar de ellos después de haber tratado del telón estático y quieto.

Se da en el telón por ejemplo un gesto tempestuoso que tiene mucho de mar picado, de golpe de las olas que no acaban de romper en espuma contra un acantilado sordo. Muchas veces la tempestad del telón es tan recia que se asustan los músicos aunque toquen la música como las orquestas de los barcos que se hunden.

¿De dónde puede brotar ese viento que empuja al telón embarazándole de aire? No se sabe. El escenario no tiene mucho fondo, todas las

ventanas están cerradas, los cómicos no estornudan a coro. ¿Qué puede ser?...

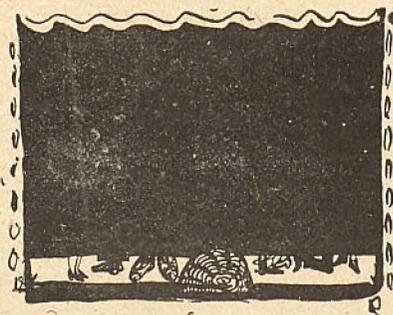
Ese viento que abrumba al telón es un viento misterioso, que parece venir del trasmundo a quedar por su trasera los escenarios, o quizá de las catacumbas kilométricas de los fosos.

Varios naturalistas y geólogos han practicado calicatas en el subsuelo del ventoso teatro, pero no han podido dar con la causa de los soplos. A veces se han achacado al estado gástrico de los actores que comen de prisa y de mala manera y se meten en el teatro inmediatamente dedicándose a los ensayos interminables. Los espiritistas creen que es un fenómeno de las muchas almas depositadas allí dentro. Al propio Eolo, que es un personaje alegórico en la junta de las categorías que viven en los telares, ha sido achacada también esa corriente misteriosa.

El ojo del telón influye también con los gestos del telón y ve todo el teatro como la providencia. A veces el ojo parece de una langosta, y es como ojo pulposo que se nos acerca, que busca a los críticos con voracidad y mira los descotes de las señoras como doctor auscultante.

En el gran telón ese ojo pequeño es como el ojo del elefante que resultó pequeñísimo en medio de su gran carótida y bajo las bambalinas de sus grandes orejas.

Ante ese ojo todos nos colocamos



mejor la corbata y a veces en los teatros de mala muerte nos ajustamos bien la cartera, pues tiene en ellos una cara de ojo ladrón.

A veces se puede aportar de quién

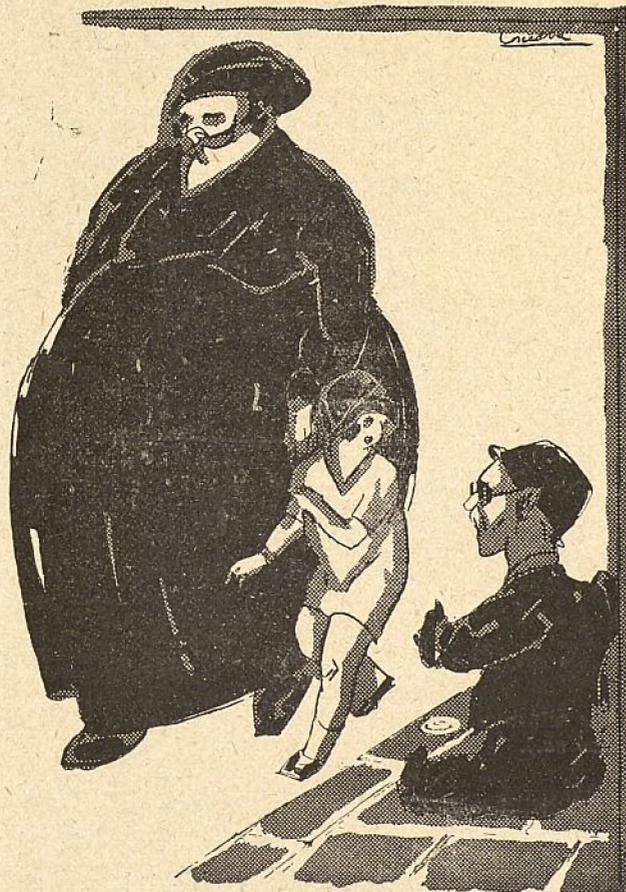
es el tal ojo. Si el teatro está muy solitario y el ojo toma aspecto des-pavorido de caballo espantado, es que es el ojo del empresario. Si el ojo es guiñoso y se ve su malicia, es el ojo de la primera dama joven. Si el ojo es vidrioso y enconado, es el ojo del traidor, etc., etc.

El telón corto o porque en el la-

vado ha encogido o porque es como falda de embarazada muy levantada por delante, tiene un gesto descuidado e indiscreto que muestra todo lo que de pedestre hay en la comedia. Con sólo un momento de cortedad del telón queda comprometida la obra y se ve la tramoya de intrigas, de amores sin acción dramática y de

galanteos de las botas ordinarias con los zapatitos de las actrices, descubriéndose zapatones de hebilla y botas con espuelas que después no aparecen en toda la representación y nos dejan muy cavilosos.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA
(Ilustraciones del escritor.)



Dib. ESCRIBÁ.—Madrid.

La madre.—Vamos, niño, déjate de limosnas; esos son trucos para no trabajar.



Dib. DESMARVILL.—Madrid.

—Antes bailaba mal, pero ahora no se me ven los pies.

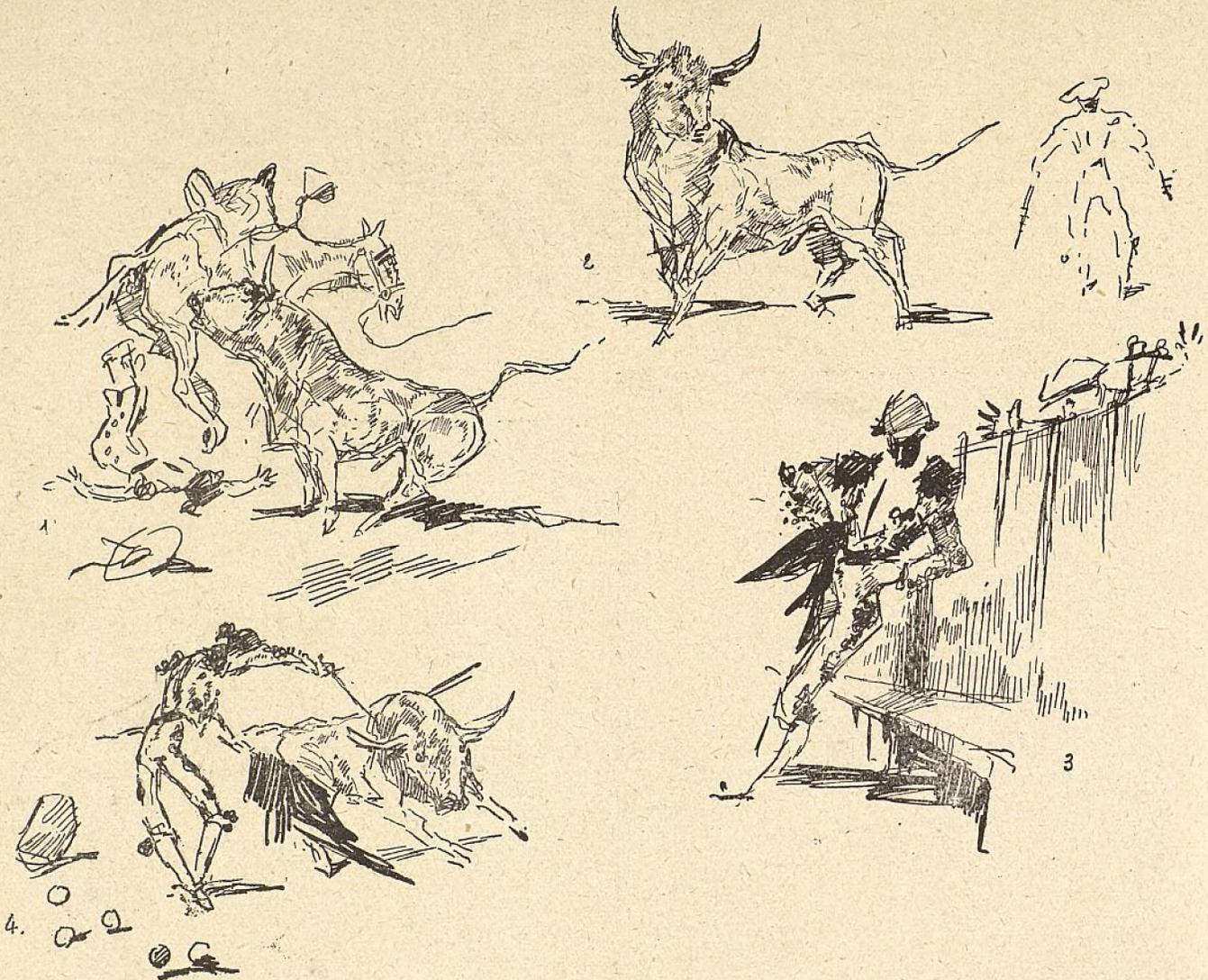
—Sí, pero es por el pantalón chanchullo.

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en la isla de Puerto Rico

DON MANUEL MOCETE PADILLA

P. O. Box, n.º 124. — PONCE

Ayuntamiento de Madrid.



1.—El poder de aquel miura era tremendo... 2.—... tanto que se hizo el amo del rueda... 3.—A Rafael el Gallo no se le iba de la cabeza el nombrecito del toro... 4.—... Y esto conazo va...

¡ TRAMPA ADELANTE !

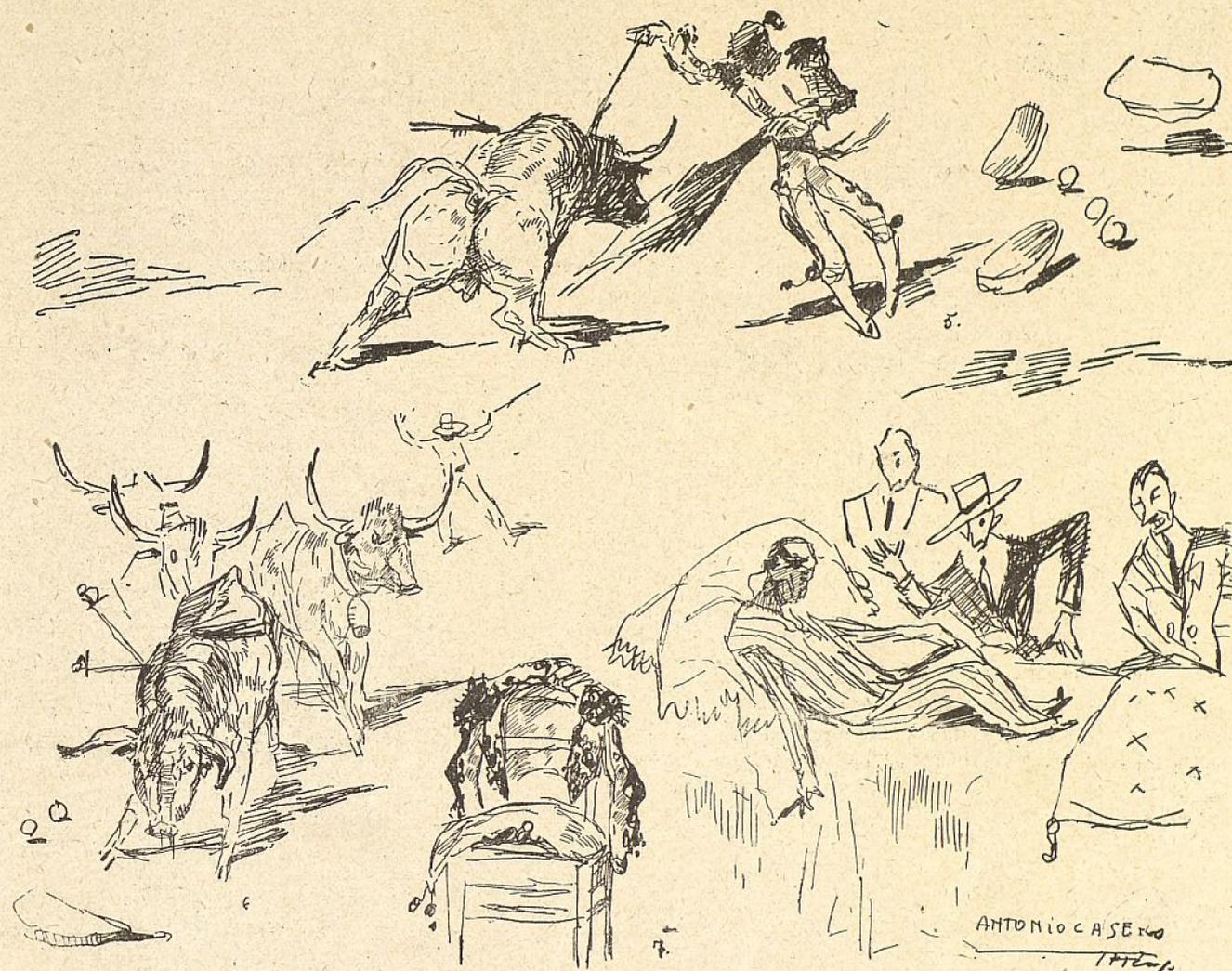
Lector, a la vista salta que el distintivo actual de nuestra vida social, es la falta de equilibrio comercial; que hay un déficit latente y constante, y aplastante por lo enorme y por lo ingente, y superpluscuannefasto, entre el ingreso y el gasto

de todo bicho viviente. Por lo que en el pueblo hispano el ejercicio económico lo liquida el ciudadano del modo más archicómico que se le ocurre a un cristiano; por el método o el plan que inventó el pueblo alemán y que es "el último grito": método San Expedito, o plan de Trampalantrán.

Por lo cual, todo deudor es "maestro superior" en dar quiebras al inglés, y "el último grito" es... el del pobre acreedor.

Y ¡es claro!, con tal criterio, con tales despachaderas, explicado está el misterio de todas las faltriqueras de uno y del otro hemisferio.

Todo el mundo da en gastar,



5.—... y esto con azo viene, sucedió... 6.—que el animal se fué vivo a los corrales... 7.—¡Vaya un güeso, Rafaé! ¡¡De Miura y se llamaba "Culebrón"!... —¿Se llamaba?... ¡Y se sigue llamando!

Dib. CASERO.- Madrid

todo el mundo despilfarra,
pródigo o loco de atar,
y a la hora de pagar...
¡malagueña con chicharra!
Deber, es timbre de gloria;
deber, noble ejecutoria,
y es axioma universal
que en esta esfera que gira
todo lo debe el mortal:
el pan, el agua y la sal
y hasta el aire que respira.
Y es lo raro y lo chocante,

que si paga algún bergante,
o tonto de nacimiento,
no es con dinero contante,
sino con papel mugriento;
papel que en el mismo instante
lo reciben con fruición,
y por esta entrega breve
se cambia la situación,
pues ya no debe él, que debe
el Banco de la Nación.
En esta verdad me fundo
al decir, en versos francos,

que deben todos los Bancos,
y deben a todo el mundo.
Y probado, en conclusión,
que el deber es ley de vida...
¡gastad sin tino y medida,
gastad sin moderación!
¡Nadie en sus gastos amaine!
¡Nadie tenga gustos parcos!...
Y no os acordéis del "Maine"...
¡Acordáos de los marcos!

VICENTE ESCOHOTADO



ENTREVISTAS DE "BUEN HUMOR"

Carmelita Mojete, modista de sombreros



Me consta que la mayor parte de los aventajados lectores de este jugoso y nutrido semanario, en cuanto le oyen jactarse a un amigo de conocer a una modista *que está iamón* o sencillamente *sobreasada*, exclamen con vehemencia de camioneta cuesta abajo:

—¡Preséntamela!

Y es más natural que la sidra "El Gaitero" que yo, sabedor de esta afición que a las modistas tienen nuestros arrogantes favorecedores, no voy a dejar de presentarles a una de las cuarenta y siete y media (*) que conozco. Se trata de Carmelita Mojete, oficiala de madame Ruperte Capellín,

(*) *El Liberal*, año XLVIII, número 16.468, página 16: «Hace falta media oficiala de modista.»



modista de sombreros establecida en la plaza de Su Alteza Real el Serenísimo Señor Príncipe Don Alfonso (née Santa Ana.)

Esta Carmelita fué novia mía durante cuarenta y ocho horas de Greenwich. Verán ustedes cómo fué. Carmelita tenía un padre contra la voluntad de su novio, digo un novio contra la voluntad de su padre. El novio era pobre como un ex ministro, y como el señor de Mojete, que tenía 177 pesetas en la Caja Postal de Ahorros, no transigía con la pobreza de sus *presuntos* yernos, Carmelita, un mal día, tuvo que devolverle a su novio todas las prendas de amor que de él conservaba y que eran diez y nueve cartas (todas ellas con el membrete de la casa John Pérez and Company), seis postales con vistas de Astorga, la letra de treinta y siete tangos y el argumento de *La Bejarana*. El muchacho entonces, pensando tal vez que con las calabazas que le habían adjudicado podía cruzar sin miedo el Océano, decidió marcharse a América. Carmelita lloró su ausencia en todos los dancings de Madrid y el extrarradio, hasta que, olvidando su tristeza, decidióse a hablar conmigo. Hablamos, pues, pero muy poco; porque aparte de que yo soy de menos palabras que un radiograma urgente, a los dos días de ser yo novio de Carmelita supo su papá que mi predecesor *retornaba vencedor* después de un año de estancia en una estancia y de estarle 30.000 pesos al estanciero, tío suyo residente en Cacarajicara. Comprendiendo el señor de Mojete que

aquel era su hombre, obligó a la chica a calabacearme despiadadamente y a hacer al otro la rosca. Pero él, que era muy largo, se hizo el loco de un modo que tuvieron que ponerle la camisa de fuerza y, sin acordarse de Carmelita, se dedicó a gastar alegre y confiadamente sus 30.000 pesos, que debían ser pesos *moscas* a juzgar por la rapidez con que volaron.

Entonces ella, soltera y sola en la vida, cayó en un estado de inconsciencia tal, que le hacía pasear sin descanso, de siete a nueve de la noche, por la acera izquierda de la calle de Alcalá y hasta, en algunos momentos de exaltación, prorrumpir en exclamaciones de una incoherencia de cuplé sentimental. Tales eran: —¡La caraba



con seis patas! ¡La panocha en hidroplano! y ¡La alcarabea potásica!

Quiero decir con esto que Carmelita se hizo niña *pera* y que, a la salida del taller, se dedicó a la dulce incongruencia en colaboración con los socios que en sus ocios van por tal sitio a tales horas haciendo el carabao melancólico y exhibiendo unos pantalones de minero inglés.

¡Carmelita! Hacía mucho tiempo que no la veía el ondulado pelo, cuando ayer, estando yo ante Gobernación tomando el sol cual lagarto neurasténico, acertó a pasar por mi lado.

—¡Carmela!

—¡Tú!

—¡Diez siglos sin verte! ¿Dónde vas?

—A por la aguja...

—¡Siempre tan trabajadora! Y aún les chocaba a mis amigos que me *colara* de aquel modo.

—¡Embustero! Cuando te estás *colando* es ahora. A por la aguja que voy es una de ternera que me llevo al taller de desayuno. Anda, acompáñame. Es aquí, en la Mallorquina. (Anuncio gratis: somos así.)

Yo la acompaño gustoso porque en esto de la aguja veo una buena ocasión para pegar la hebra.

—Vamos a ver, Carmelita, cuéntame todo lo que hace una modista cada día. Se trata de una "interview" periodística. (Esto viste más que una americana de rombos.) Dime, por ejemplo, todo lo que haces tú.

—Pues verás. A las ocho (hora oficial) me llama mi hermana Rosalía. A las ocho y cinco me llama mi hermana Leonor. A las ocho y diez me llama mi tía Viriata. A las ocho y cuarto vuelve a llamarme Rosalía.

—Aunque suprimas algún detalle no importa, ¿sabes?

—Bueno. A las nueve menos veinte me llama mi padre... Me llama mi padre algunas cosas feas. Entonces me levanto y a las nueve menos cuarto ya estoy vestida, calzada, lavada, ondulada, maquillada, depilada y manicu-

rada. Cojo entonces las agujas, la cartera de alfileres, las tijeras y el dedal. Y, por último, cojo el "Metro"...

—Sí, sobre todo, el metro. Debe ser imprescindible para una buena modista.



—No. Si digo que cojo el "Metro" en Ríos Rosas.

Carmelita compra su desayuno y, camino del taller, seguimos nuestra charla. Le interesa hacer constar que la modista madrileña no usa mantón ni va a la Bombilla. La modista de sombreros va al taller con gorrito y todas ellas bailan en los tes del *Palace* o del *Nacional*.

Hablamos del taller. Carmela me cuenta que las oficiales de madame Capellín, aunque se dedican sólo a sombreros, se dan muy buena maña para cortar trajes y que, aunque toman sus medidas para evitarlo, cuando *madame* las sorprende se enfurece y las sienta las costuras.

Después hablamos de sus gustos y aficiones. Carmelita me asegura formalmente—no le falta más que extender la póliza—que su gran ilusión, por el momento, es aprender el Charles-

tón. También le gustaría tener un novio con gafas de carey.

Llegamos al portal de madame Ruperte. Antes de despedirnos, le hago a Carmela toda esa serie de preguntas que en estas entrevistas son más inevitables que un atropello de automóvil.

—Vamos a ver, niña. A tí, ¿qué te hubiera gustado ser?

—Artista de la pantalla.

—¿Y así no poder lograr tu deseo?

—Concejala o pelotari.

—¿Cuál es tu flor favorita?

—La flor de himeneo.

—¿Y tu animal preferido?

—El pavo real, con esas plumas tan bonitas... Y también el *lulú*. Es un animal muy simpático. Y tú, ¿qué animal prefieres?

—La ternera con guisantes. Pero no habiemos de mí. ¿Cuál es la obra teatral que más te gusta?

—*La dama de las Camelias*.

—¿Eres radioescucha?

—Te diré. Lo que me encanta de la radio es que sea sin hilos. Y es que le tengo tan poca afición a la costura...

—¿Y aficionada al cine?

—Un horror. ¿También me lo preguntas para la "interview"?

—No. Para convidarte el domingo al Ideal. *Ponen* 2.000 metros de episodios melodramáticos, 180 millas de novedades Gaumont y cuarenta y siete nudos de cinta hilarante. A las cinco estoy en tu puerta.

—¿De verdad vas a ir a buscarme? Ya sabes que vivo muy lejos.

—¡Vamos, mujer! Por tí voy yo hasta las islas de la Reunión montado en un cocodrilo. Adiós.

Al oír las risas de Carmelita, el portero de madame Ruperte lanza un gruñido que no lo mejora un cerdo de Yorkshire. Carmelita se pone muy seria para decirme al oído:

—Te dije que el animal más simpático es el *lulú*, ¿verdad? ¡Pues el más antipático es el portero...! Adiós.

GARRIDO

(Prosa del dibujante.)

ORDEN RENOVADA

Reproduciendo un mandato que estaba olvidado ya, se dice que en los tranvías "no se permite fumar".

Han protestado de nuevo cuatro socios nada más; pero, en cambio, las señoras no lo han econtrado mal (con una excepción honrosa: la de mi prima Pilar, que se fuma cada estaca que es una barbaridad).

Cumplen bien los tranviarios su deber, y veo, al par que descarrilos externos, choques internos, pues hay cobradores que nos dicen: "Tenga el señor la bondad de apagar el cigarrito"; mas los hay que, hablando mal, ven a un infeliz que fuma, y sin avisarle... ¡zas! (que son tres letras distintas y una sola *bofetá*).

Ello es que desde la orden cualquiera puede observar las chimeneas vivientes que en las plataformas van, pues ora el frío les ponga la nariz como el coral o el fuerte sol del verano les deje a medio tostar, o la llovizna en los huesos les infiltre la humedad, se ve que en torno del torno la gente sale a fumar.

Pero ocurre que en tal orden queda mucho por mandar, pues más molestias que el humo que arroja la huma... nidad, hay cosas en las que no se ha debido de fijar el representante de la Municipalidad.

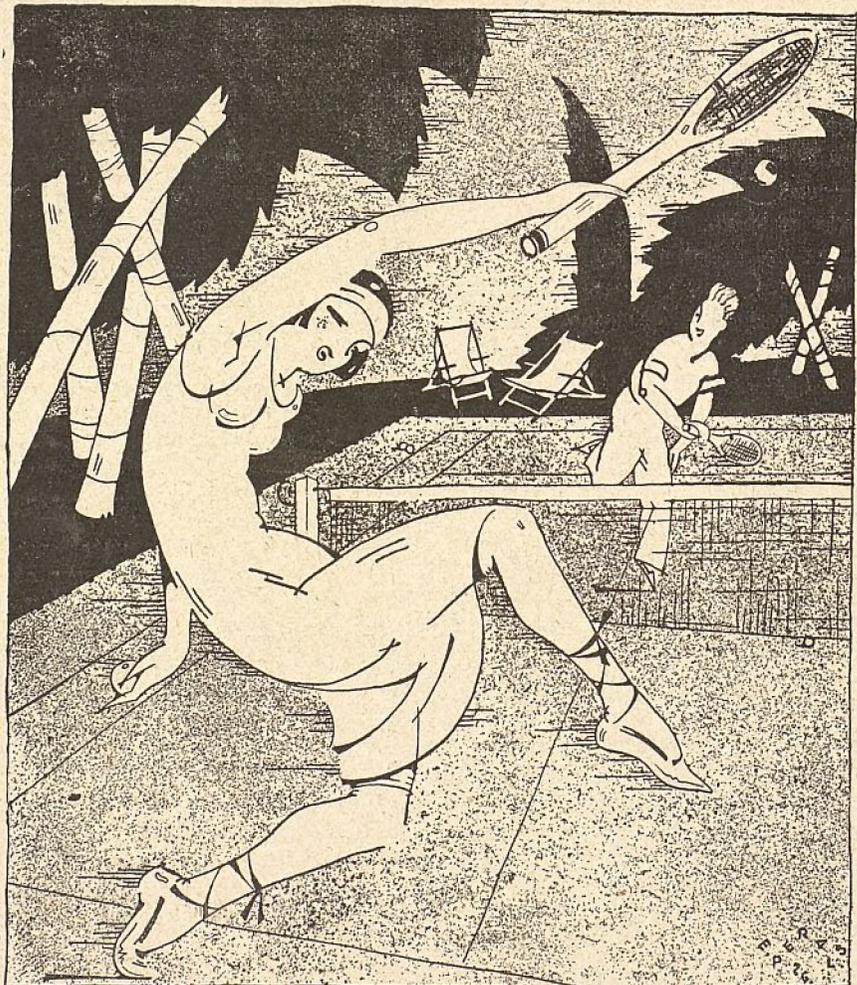
Vamos, ¿por qué en los tranvías se consiente a esas mamás tan gordas que ocupan solas tres asientos, ¡voto a tal! obligando a los viajeros que en la misma fila están a que de tanto apretarse se partan por la mitad? ¿Por qué se admite a los fatuos; a esos que suelen llevar en la cabeza más humo que el que despide un volcán? ¿Por qué se admiten parejas de poca seguridad, o mejor dicho, amorosas, que fastidian al que va

contemplando desde enfrente su entusiasmo en el amar y las manifestaciones de su júbilo además? ¿Y por qué no le echa el alto el cobrador, sin tardar, al que entra cargado con un tablón descomunal, al que va apestando a vino y le da por regañar y le obsequia a una señora con cualquier barbaridad? ¿Por qué no se les expulsa del coche, sin más ni más, a esos que entran dando tumbos

y pisando, sin mirar, a los pobres pasajeros que viajan luego en un jay! porque el dolor de los callos no les deja respirar? ¿Por qué se admiten viajeras tan cortas de falda ya, que nos muestran sus encantos y nos hacen enfermar?...

En resumen: que prohiban que se fume, bien está; ¡pero cuántas cosas quedan por prohibirse... ¿No es verdad?...

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



Dib. PERALS.—Castellón.

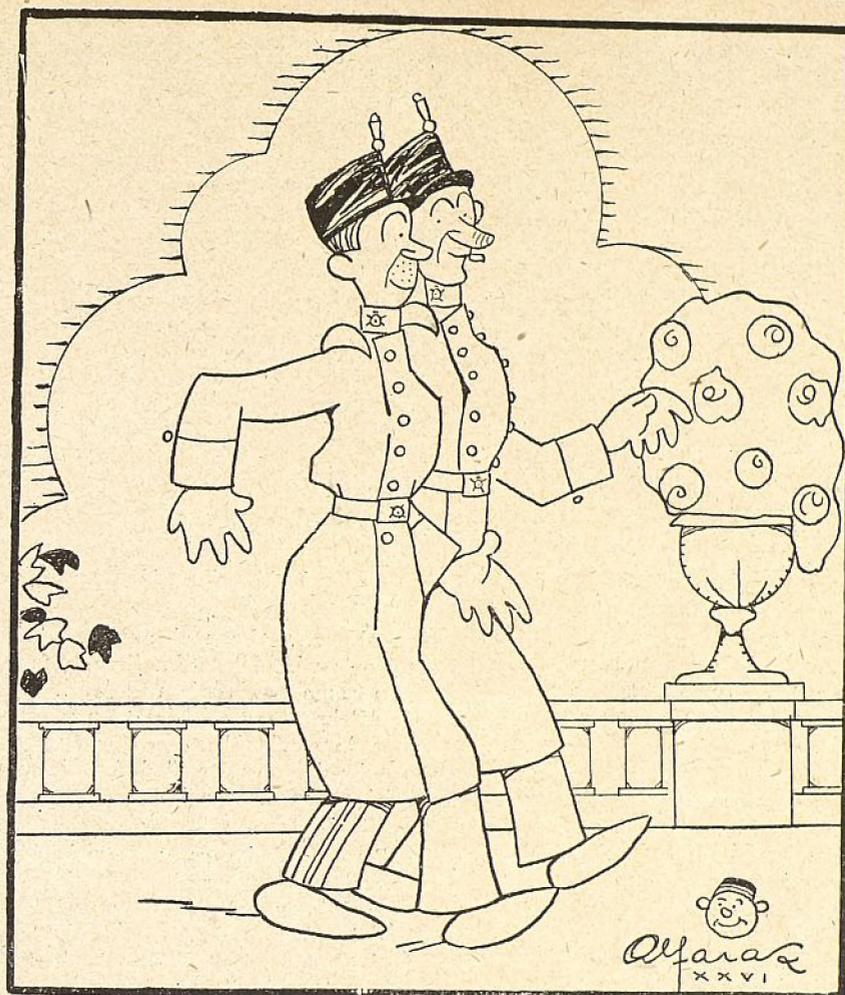
—Creo que Amadeo, porque Lolín no le ha querido, se ha dado a la bebida.

—¿Sí? ¡Será para festejarlo!

MESA REDONDA

Todos los jueves como en casa de mi amigo don Homobono Fúrciez, ilustre nuevo rico, el cual tiene una esposa de veinte primaveras que es un imponderable portento de belleza. Sus ojos enormísimos trastornan cuando miran, su cara es de una suave blancura alabastrina, un cisne envidiar puede su mórbida garganta y su esbeltez presenta la justa exuberancia. Mi amigo me convida con mucha complacencia porque, en su afán reciente de ostentación espléndida, invita siempre a aquellos que tengan cierto viso: actores, humoristas y músicos y críticos. Yo, en clase de poeta, no falto ningún jueves y el infeliz ricacho me da todo un banquete. Pero, si debo hablarles con toda confianza, de la mesa es su esposa lo que más me entusiasma. Dedicame sonrisas y mírame de un modo que en nada favorecenle al buen don Homobóbono... Y, como yo a la izquierda de su mujer me siento, con los pies me he encargado de buscar un acuerdo. Y mientras Fúrciez come con apetito de oso yo al lado de la bella con los pies mani-ebro. Pero el último jueves me encontré, caballeros, con que había una mesa de un tamaño tremendo. Y mi amigo me dijo con muchísima flema: —No se extrañe de que haya estirado la mesa. Hace días observo, que comemos incómodos y que usted, por tal causa, come siempre nervioso. Y hoy así, más tranquilos ya podemos comer, ¡sin que a mí usted me pise ni le pise yo a usted!...

MONTECARLO

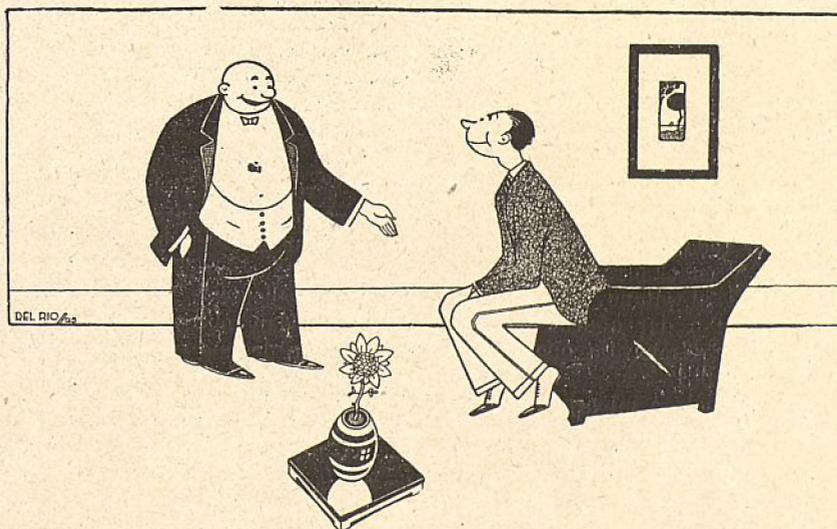


—... Y cuando agotados vimos que el enemigo nos cercaba, me enviaron a decirle al comandante que nos quedábamos sin fuerzas...

—¡.....!

—¡Y nos dijo que hiciéramos gimnasia...!

Dib. ALFARAZ.—Madrid.

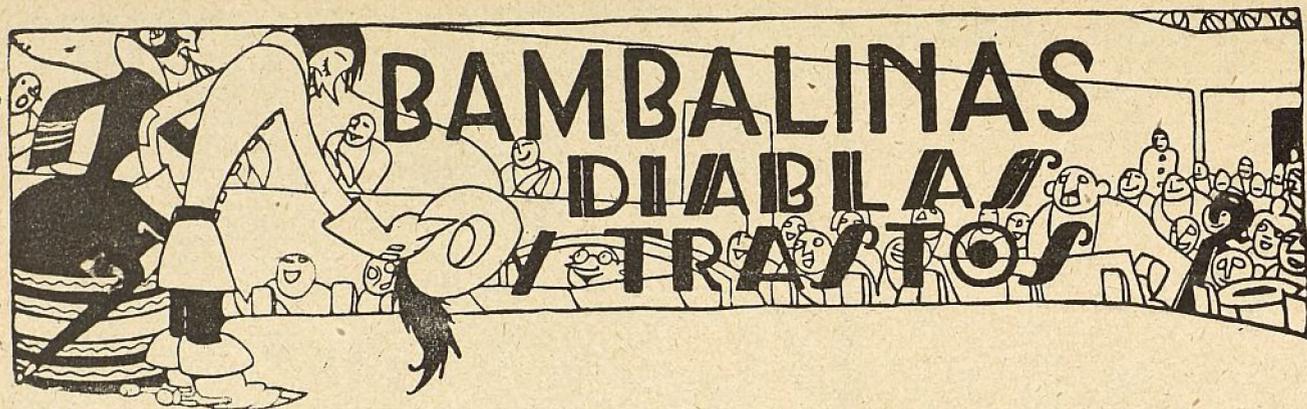


—¿De modo, doctor, que ha dejado de cuidar al señor marqués?

—Sí.

—¡Entonces, está ya fuera de peligro!

Dib. DEL RIO.—Barcelona



El acontecimiento teatral de este otoño ha sido flamenquista.

El teatro Pavón ofrecía una copa a los cantaores. ¡Cómo cambian los tiempos! Antes se les ofrecían varias; y ahora se les ofrece una sola y ¡qué copa, maresita e mi arma!... Por Cristo y por Cristofle y similares (fabricantes), que era una copa con estuche y todo, como para ponerla en un escaparate; para ponerla y... dejarla.

No es que la copa fuera diferente a las demás copas que se entregan a todos los que corren, o vuelan, o dan puñetazos, o puntapiés; todo lo contrario: es que era igual. Muy grande, muy hermosa, reluciente y helénica (Helena Meneses), con tal tamaño y tal brillo y tal forma, y tan hecha toda a máquina, que se azora Dios si tiene que llevarse por la calle a la vista de todo el mundo.

Era cosa de decir lo que aquel clerical a quien le preguntaban:

—¿Usted va a la iglesia?

Y respondía:

—Yo, no; ¡que me pueden ver!

Pues algo de eso pasa con la copa:

—¿Usted quiere la copa?

—Yo, no, por Dios; no sea que me vean.

Si al cañí Manolo Torres—que vino a Madrid con dos pañuelos de hierbas por todo equipaje: en el uno una muda y en el otro la jauda del pájaro—; si al gitano Manolo Torres le llegan a dar aquella copa y va con ella a Graná ¡la que se hubiera armao allí!

—Pero Manolo e mi arma, ¿te va a bañá?

—Osú, ¡lo que trae!... Una tinajita d'eza qu'están zembrá en er zuelo y que lo j'ingleze van zacando como si fuán ceboyeta.

—L'abrá afanao en er Museo.

—Anda ya... Zi e una zopera...

—Ande toman lo zeñorito de ahora er gazpacho.

—Digo... Y con paja.

—Ahí...

—Chavó, Manolo... Y ¿te la dieron yena, oye?

—Yena... ¡Lo mal ange!... Azín como la vé... Ni gota... Zeca..., pero zeca como pa jaserle rogativa...

—Pobresito e mi vía, ¡con lo que pesa la condená!

—La de copa que s'habrá teño que bebé pa poder cargá con eya...

Pero no hubo caso; Manolo Torres no es cantaor de varietés y la copa fué a manos de Centeno, hombre de mundo, que habrá cedido la copita para que caya circulando por el mundo en todos los certámenes del planeta. Porque nosotros hemos sospechado que se regalan copas de esa clase para que nadie las quiera y pueda servir siempre la misma.

B'en; pues durante un mes pudimos oír en el escenario del Pavón todo género de gorgoritos hondos; y en la sala del Pavón todo género de mugidos altos. Señores y ¡cómo berrea el publicuito flamenco!... Al primer Rafael Gómez que se le escapaba al cantaor, rugía que ¡bueno!

Los carteles, sin embargo, no podían ser más superlativos.

Los alumnos del colegio aquel habían resuelto el problema de ser todos "sobresalientes". Este milagro de que puedan sobresalir todos los de un grupo o de que puedan ser todos primeros, lo resolvieron, antes que nadie, los carteles de los circos.

De los siete días de la semana uno era Moda, otro Gran Gala, otro Extraordinario, otro Fashionable, otro Especial, otro Festivo y otro a beneficio del Público. De este modo no se sabía qué día era mejor.

El procedimiento ha sido superado por las zapaterías de ahora. En un mismo escaparate se ven varios modelos de zapatos: Gran Moda, Última Moda, Modelo especial, El más elegante, El mejor, Extra, Superior, The best Quality, Non Plus Ultra, De primera y Excepcional.

Los programas flamenquistas del Pavón y del Monumental Cinema supieron batir el record de los adjetivos: El As, El Fenómeno, El Rey, El Unico, El Auténtico, El Incomparable, El Campeón y El maestro de todos.

No será fácil reseñar ni dar idea de la fenomenalidad del Fenómeno, ni del aseo del As, ni de la magnitud del Grande o la unicidad del Unico.

Sólo diremos que, clasificados conforme a nuestro recuerdo, pudiéramos decir que vimos, oímos y admiramos cuatro o cinco tipos distintos de cantaores—y al decir "tipos" lo decimos sin ofender.

Desfilaron por el tablado El Gargarizante, el Bronco, Er Poco-a-Poco, Los Niños, El Gordito y El Prestigio.

El Gargarizante tiene voz de tiple y recuerda esas maquinillas que venden para hacer el ruiseñor sin más que soplar por una especie de pito sumergido en agua. Este cantador se echa, sin duda, en la garganta una clara de huevo, que es la única manera de tener la voz más clara y más auténtica del globo. Sólo tiene un inconveniente: que a veces la clara se le cuece al cantador en la garganta y se le atasca; entonces es un huevo duro en la epiglotis, con evidente peligro de su vida.

El Bronco siguió un sistema distinto al del anterior: en vez de clara de huevo se ha echado a la garganta copas de aguardiente y se ha quedado, en vista de eso, como para vocear en la Puerta del Sol "La España

peliculera o el milagro de Primo Rivera”—título de obra que, dicho sea de paso, ha logrado escapar a la censura con una irónica habilidad que nos admira.

El Poco-a-Poco es de esos que salen muy graves, y tosen, y se colocan en actitud reflexiva, y esperan, pausados, a que la guitarra temple, vuelva a templar, frote los trastos con un paño, cambie la cejuela, afine un poco, ensaye cuatro rasgueos y comience. Comience la guitarra, no él; él se mete “er deo” por entre la camisa y el cuello y hace unos gestos de avestruz que se ahoga y quisiera escapar por la tirilla; luego escucha con importancia reflexiva lo que está diciendo la guitarra—la guitarra que caracolea, respuntea, retoza y se encabrita hasta que vuelve a la gravedad del bordón y al ¡¡¡ó!!! de la sala. La sala siempre, indefectiblemente, en cuanto el tocao sabe hacerla cosecillas al guitarrero, suelta el ¡¡¡ó!!! y ruge, aunque el tocao coloque entre el rasqueo de *lo jondo* un trozo de gallegada, de “*milonga*”, de guernicaco o de romanza zarzuelera. *El Poco-a-Poco* asiente con la cabeza a lo que dice la guitarra; aprueba como diciendo: “¡Eso está como los ángeles!”, y él espera, marcando el compás con el pie, sobre el tablado, o con la mano, sobre el muslo... Por fin, muy bajito, casi imperceptible, suspirando, remoto, dice lo siguiente:

a
a... a... a
a a
Aaaa... a... a a
a ay... ay...

y vuelve otra vez a la actitud pensativa y resignada de hombre que mienso con estoicismo varonil “El mundo es tremendo, hijo, *qué vamos a iaserle*”. Por fin se arranca con un grito tan repentino y estentóreo que puede sobresaltar gravemente al que no esté acostumbrado.

Y después vienen *Los Niños*. Los hay de Utrera, de Alcalá, de las Monjas, de Valdeneñas y de Oién. De todos los tamaños y de todas las edades. Hay cada Niño de treinta años, con pelo hasta en los ojos, que tiene que afeitarse el niño de mi alma con un sable. (Esto de descañonar con sable es propio, sobre todo, en *Er Niño de la Rivera*.) En cambio, hay otros Niños que lo son de veras, tan

de veras que dan ganas de decir que les den, en vez de la Copa, la Teta.

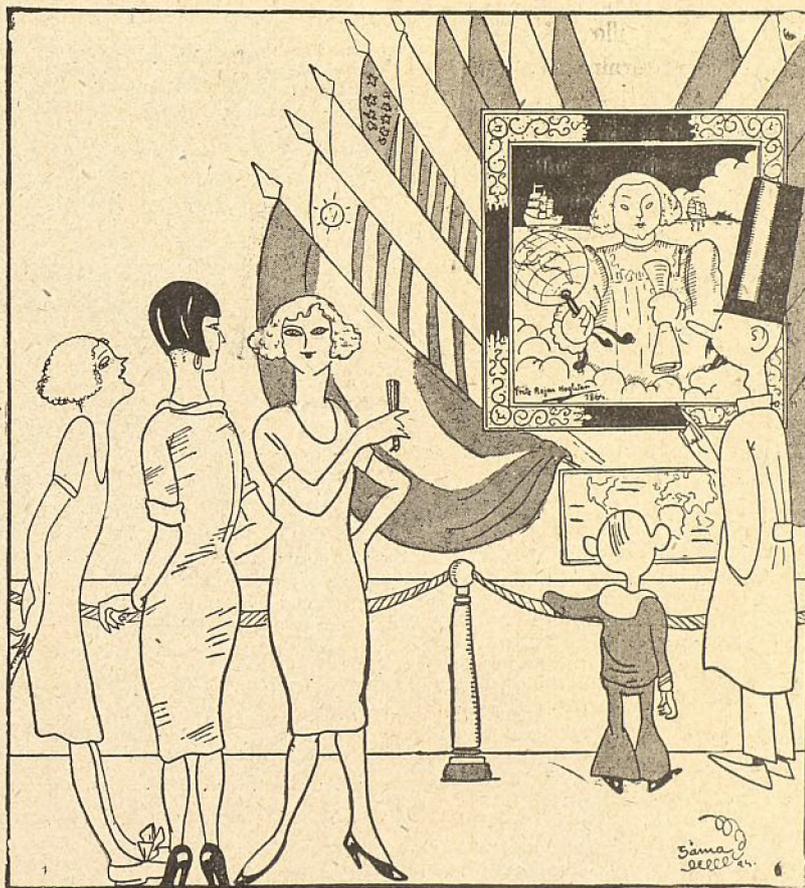
Luego después viene *Er Gordito*, que no es niño pero que lo parece: cara de bebé inflado, panzita que parece un tonel (y puede que lo sea) y patitas de bailaor. Sale de señoritín, con un junquito y se sienta en el borde de la silla. Dan ganas de gritarle lo que le decían a uno en no sé qué comedia: “Siéntese usted con todo”; pero ya se ve que no lo hace porque se lo impide la tripita, la barriguita que tiene, tan jacarandosa ella. Cuando canta se infla más, se infla todo, parece que va a estallar y, por fin, sale de la garganta un pitidito—como en “la muerte del cerdo”—un hilito de voz que no sabemos bien si es que canta o que se ahoga.

El Prestigio, por último, sale en calidad de reliquia. Sale para que puedan presumir los que le conocieron. “Había que oír a este hombre.” “Después de él no se han cantado ya seguiriyas.”

A veces, entre unos y otros, sale el que canta bien.

MANUEL ABRIL

NOTA.—En el artículo anterior publicamos una copla. Nos preguntan en qué región ha nacido esa copla. Contestamos gustosos: ha nacido en la región frontal de un servidor. En Cabeza de Buey, como quien dice. Donde menos se piensa... salta la copla.



Dib. SAMA.—Madrid.

ELLAS Y COLON

- Creo que descubrió un explosivo formidable.
- ¿Y por eso le tenemos que estar agradecidas las mujeres?
- ¡Claro! ¡No ves que inventó la melenita!



EL JUEZ Y EL TERNERO

por MAURICIO DEKOBRA

Conocí en otro tiempo a un juez de paz que tenía la cabeza de mono y la sagacidad de un zorro. Era un original. Escuchaba de verdad a los humildes que comparecían delante de él; se interesaba por sus declaraciones; se esforzaba por comprender sus afares y no daba sus fallos así como así.

Se llamaba Saturnino Labredelle. Coleccionaba pipas, sellos e insectos. No escribía versos en sus ratos de ocio, pero en cambio, se hallaba componiendo, lenta y pacientemente, un estudio acerca de la cortesía a través de las edades.

Una noche nos contó la siguiente historia:

El año pasado, administraba yo justicia en la sala de la Alcaldía destinada a ello. Después de algunos asuntos sin importancia, el ujier llamó a dos litigantes. Uno se llamaba Machenotte. Era granjero. El otro se llamaba Ballotin: ejercía la profesión de vendedor de ganado; un pequeño normando, seco como un mimbre y con un perfil deprimido de rata de alcantarilla.

Di la palabra a Machenotte, el demandante. Avanzó torpemente, dió vuelta a la gorra entre sus dedos gruesos e inhábiles y comenzó:

—Señor director...

Le observé que yo no era director, sino juez de paz. Se turbó, tosió y volvió a comenzar:

—Señor director de la justicia. Voy a explicar lo que pasó. Tosió de nuevo, vaciló un poco y continuó: —Y bien, vea. Ese cochino me ha vendido un

ternero que le he pagado. Ahora pretende que es mentira.

Interrumpí al demandante:

—Amigo, en este recinto no es necesario tratar de cochino a nadie. Arréglese para explicarse sin groserías inútiles. Escucho...

—Señor director: no me parece una grosería tratar de cochino a un sinvergüenza que se atreve...

—Si continúa en ese tono, me verá obligado á...

—Le pido perdón, señor director... Vea... Lo que quiero decirle, es que yo he comprado el ternero en ciento diez francos. Concluído el negocio le dije: "Me vas a llevar el ternero hasta mi granja", y le entregué sus ciento diez

FRICOT MASAGE-Crema y líquido
Cutis sano y fresco como una rosa conseguirá con su uso
F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona

francos en monedas de cinco... Me dijo: "Allá voy", arreó con el ternero hasta mi granja y allí exclamó: "Viejo, falta pagarme los ciento diez francos". Yo le contesté: "¿Has perdido el seso? Acabo de dárteles en el mercado". El dijo: "¿Qué? No me has dado nada. Quiero mi dinero o me llevo el ternero." Ahora, señor director, usted puede juzgar. Este cochi..., este sinver... quiero decir este sujeto se empeña en que le pague dos veces. ¡Qué salado!

—¿Tiene usted testigos?—pregunté.

—¿Testigos? ¿Hace falta testigos? No tengo testigos.

Me volví hacia el vendedor de ganado:

—Ballotin... Usted ha oído al de-

mandante... ¿Ha recibido, sí o no el dinero? ¿Le dice la verdad.

El hombre se levantó, extendió la mano y dijo:

—Es un impostor... No he recibido un céntimo.

El granjero se levantó y dijo furioso:

—¡Ah, cochino, puerco, pillete!...

Interrumpí sus imprecaciones y declaré, volviéndome al público, que se componía de unos cincuenta curiosos:

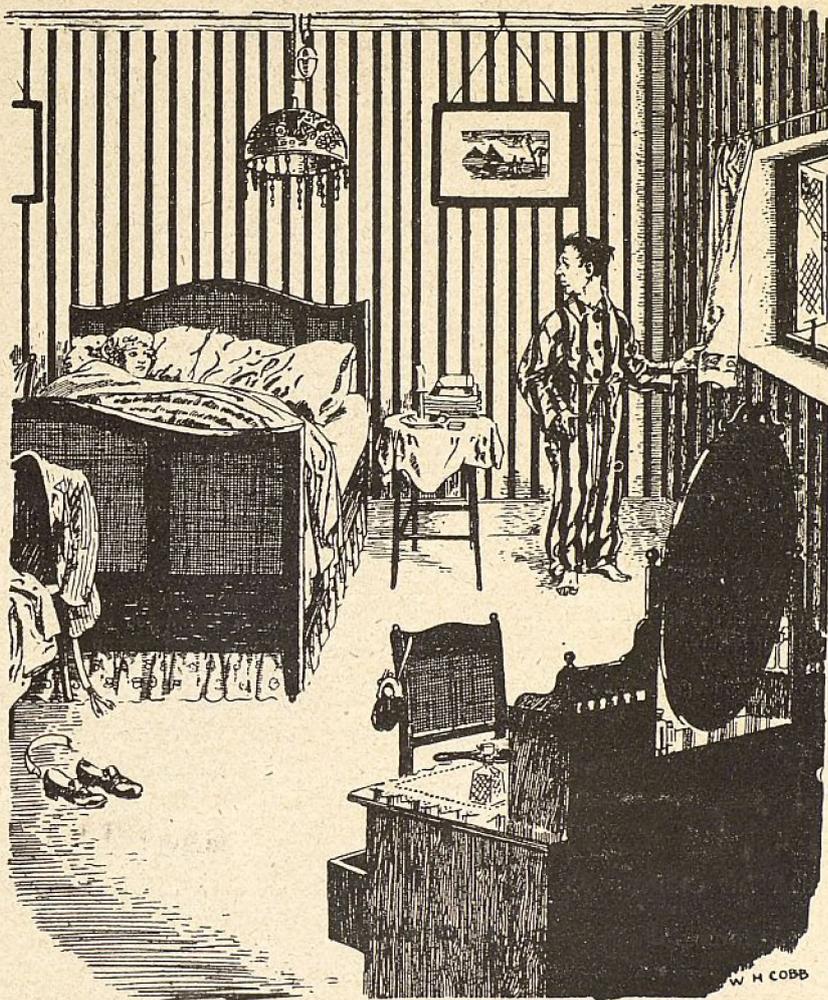
La causa está abierta. La acusación de Machenotte contra Ballotin es insostenible, puesto que no tiene ningún testigo que confirme sus palabras. Pero Machenotte me hace la impresión de un hombre honrado y tengo la impresión de que en este asunto pierde ciento diez francos... Tiene, pues, derecho a una pequeña compensación y propongo que hagamos una modesta colecta a su favor. Yo la encabezo con diez francos. ¿Hay entre los presentes almas caritativas que quieran imitarme? Usted Ballotin: ¿se atreverá a negar su óbolo a su desgraciado adversario?

El vendedor de ganado se levantó y respondió:

—Señor juez, no quiero ser menos que usía. He aquí dos duros.

Tomé las dos monedas de cinco francos y fruncí el ceño. Me incliné sobre las dos monedas; las volví en todos sentidos, las examiné de cerca, las soné y mirando gravemente a Ballotin, declaré:

—¡Se atreve usted a exhibir moneda falsa en un tribunal de justicia!...



La mujer.—*Qué ganas tengo de que no te pongas ese absurdo pijama. Nunca sé si estás en la habitación o fuera de ella.*

De *The Passing Show*.—Londres.

—¡Moneda falsa! —exclamó Ballotin palideciendo.

—¡Vamos, vamos! Bien sabe usted que estas monedas son imitaciones; mitad plata y mitad plomo. Me va usted a decir de dónde ha sacado estas monedas; si no le voy a hacer arrestar inmediatamente. Y será condenado a trabajos forzados.

Ballotin temblaba como un azogado. Balbucía palabras incomprensibles. De pronto confesó:

—Señor... director, quiero decirlo todo. Si alguien es culpable, no soy

yo, sino Machenotte, aquí presente, pues las monedas esas son las que él me dió en pago del ternero.

—¿Usted declara haber recibido del demandante el precio de su cuadrúpedo?

—Sí, señor juez, declaro.

—Eso es suficiente. Le condeo a restituir el ternero a su legítimo dueño y le devuelvo sus diez francos. Y sepa usted que mi invención de las monedas falsas no fué más que un medio de obligarle a decir la verdad.

P. L. M.

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia "LA CARMELA" no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, Republica Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.





EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

A una gitana se le muere el marido y va a la iglesia a tratar del entierro, que lo quiere de lo mejor que haya.

El cura la pregunta:

—¿Se dobla?

—¡Qué se ha de doblar si está más tieso que un palo!

José M. Conde. Laucien.

En un tribunal.

—¿Es usted casado?

—Sí, señor.

—¿Con quién?

—Con una mujer.

—¡Caray! ¡Como todo el mundo!

—No, señor. Mi hermana, por ejemplo, está casada con un hombre.

Piedad Otaola.

De caza.

El padre (a su hijo, entregándole una escopeta de cargar por la boca y con mucha metralla).

—Toma, y cuando veas alguna pieza cerca, dispara sin miedo.

Al cabo de un rato, ve el muchacho un bando de tórtolas y, echándose la escopeta a la cara, dispara, cayéndose inmediatamente de sepaldas en medio de una gran humareda.

El padre (desde lejos).—¿Qué? ¿Cayeron algunas?

El hijo (con voz dolorida).—¡De abajo, todas! ¡De arriba, un colmillo!...

Jota de la Ese.—Huelva.

Entre dos amigos tratan de un compañero y dice uno de ellos:

—Fulano es neurasténico.

A lo que respondió el otro:

—Yo creía que era cochero.

Goya.—Barcelona.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Entre amigos:

—Cuando me siento enfermo acudo en el acto al médico. Los médicos tienen que vivir. Y luego, con la receta, me voy a una farmacia. Los farmacéuticos tienen que vivir. Y cuando vuelvo a casa, tiro el remedio al cajón de la basura.

—¿Y por qué haces eso?

—Porque yo también tengo que vivir.

Pedrucho.—Zaragoza.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Clase de Aritmética.

Profesor.—No se pueden sumar cosas de distinto género; por ejemplo: a un litro de agua no puede adicionársele otro de leche.

Alumno.—No, señor. En mi casa a un litro de agua se le echa medio de leche y gracias.

Antonio Lobo.

Nanín es el hijo único del señor Romualdo, honrado tabernero de mi calle. Nanín es el perfecto niño: da la lata y hace preguntas sobre todo lo que ve.

El señor Romualdo va a despachar un litro de vino; entra en la trastienda, con Nanín de la mano, coge una botella y vierte primero una parte de vino y seguidamente tres partes de agua. Nanín observa la mezcla y pregunta:

—¿Qué es eso, papá?

—Vino—responde muy serio el padre.

Nanín sigue enredando, cae al suelo, se da un golpe... Llora...

El señor Romualdo le alargó un trozo de pan duro, diciéndole:

—¡Toma y calla!

Nanín chupa el pan duro, sonríe y dice a su padre con un gesto resignado:

—Pastel, ¿verdad?

E. C.—Santander.

Chico, estoy desesperado.

—¿Qué te pasa?

—Que no me ha tocado la lotería.

—¿Y cuánto jugabas?

—Nada.

Antonio Molina Ambite.
Madrid.

—¿Cuál es el animal que no se deja crecer pelos en las patas?

—La liebre, porque corre que se las pela.

P. Dávila.—Ceuta.

Después de unas cuantas horas de detención ponen en libertad a un borracho.

—¡Vaya usted con Dios!—le

dice el comisario.— Espero no volver a verle a usted por aquí.

—¿Por qué? ¿Le van a dejar cesante?

Santiago Santacreu.
Madrid.

Por un camino va montado en un borriquillo un zagal tan alto que le llegan los pies al suelo. Al verlos, un vecino del pueblo exclama:

—¿No te da vergüenza ir así?

Y contesta el mozo:

—A quien le debía dar vergüenza es al burro, al ver que me cunde a mí andar con dos patas igual que a él con cuatro. Mateo López.—Villaverde Alto.

Clase de Química.

—¿Cómo se transforma el hiposofito en fosfito?

—Dándole un susto para quitarle el hipo.

El doctor Verde.

Maracaibo (Venezuela).

En una colonia veraniega, y al atardecer, se encuentran cuatro jóvenes sentados en el suelo y luciendo cada cual sus habilidades. El más gracioso de ellos hace el gato, el perro, la cabra, el borrego, etc., hasta que uno de los circustantes le dice:

—Ahora haz el burro.

—El burro lo hago cuando estoy con mi apreciable novia.

Maximito Martínez.

Tetuán.

En el teléfono.

La mujer (hablando con su marido).—¡¡Juan, ven en segui-

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO 402 BARCELONA

da a casa!! ¡¡He debido equivocarme las lámparas!! ¡¡La radio está toda cubierta de hielo y la heladora eléctrica está cantando *Tosca*!!

C. Mingote.—Madrid.

—¿Cuál es el amo más fastidioso?

—El amo-lador.

P. P. T.—Cartagena.

Entre amigas.

—¿Dónde váis a veranear este año?



HERNIAS
Bragueros científicamente
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

—No lo sabemos. ¿Y vosotras?

—Todavía no nos lo ha dicho papá.

—Entonces, ya veréis como nos encontraremos.

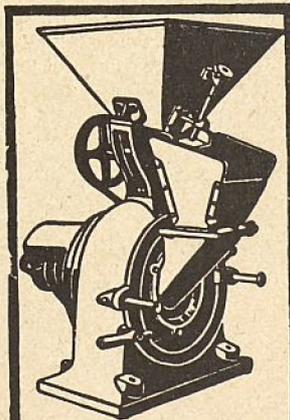
Minotauro.

Palma de Mallorca.

—¿Qué animales son los que más compadecen al hombre ciego?

—Las ovejas... Siempre están diciendo: ¡bé..., bé!...

Zeguellet.—Ceuta.



MOLINOS
de todas clases, para mano y fuerza motriz. Trituradores. — Desintegradores. Cortadoras. Tamizadoras. Inmenso surtido.
Pídase catálogo
MATTHS. GRUBER
Apartado 185, BILBAO

Entre chistosos.

—¿Cuál es el colmo de un elefante?

—Tocar un solo de trompa y...

—No te molestes, hombre. El elefante no tiene colmos. Tiene solamente colmillos.

Ab-El-Si-Q-Ela.—Tarazona.

Calixto, que es hombre listo,

la *Pasta de Orive* gasta;

y así en el mundo Calixto

se da pisto

y se da *Pasta*.

En una acera detiene un borracho a un transeúnte y le dice:

—Caballero, ¿me hace usted el favor de decirme cuál es la acera de enfrente?

—El caballero, por quitárselo de encima, le contesta:

—Aquella de allí.

Y el borracho replica:

—¡Mira qué gracioso! ¡Y acabo de preguntar allí y me dicen que es ésta!

Delineante.

—¿Cuál es el hombre más apasionado por la música?

—El novio, porque sólo está a gusto cuando toca algo.

Carlos Carrillo Gómez.
Madrid.



¡¡Enfermos de la vista!!
NO MAS MIOPES, PRESVI-TAS NI VISTAS DEBILES
Con solo friccionarse en las sienas con el maravilloso producto italiano, de fama mundial **LOIDU**, evitared el uso de los lentes y adquirired una envidiable vista, incluso las personas septuagenarias. Pedid hoy mismo el interesante libro gratis. Depósito general: Ugo Marone. Piazzeta Falcone, número 1, (Vomero). NAPOLI (Italia.)

CUPON
correspondiente al núm. 254 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

En la escuela.
El maestro.—¡ Pepito! ¿Cuáles son los enemigos del hombre?

Pepito.—La mujer, la suegra...

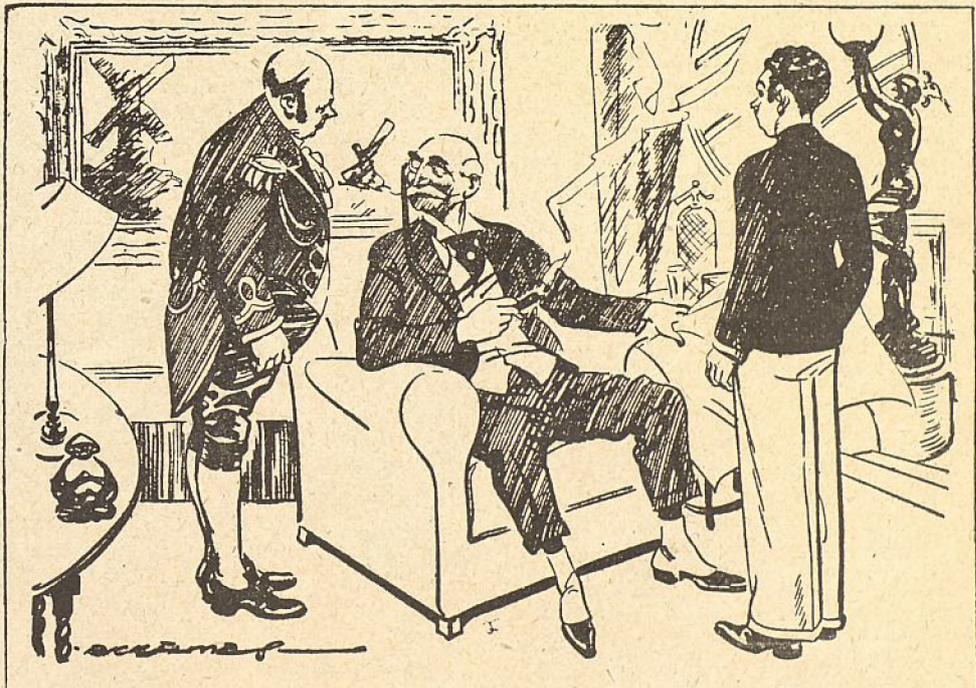
El maestro.—¿Qué dices animal! ¿Quién es el asno que te ha dicho esa barbaridad?

Pepito.—¡Usted, que se lo oi decir el otro día!...

Eduardo González.—Madrid.

Frase de un mendigo:
—¡Almas piadosas! ¡Almas caritativas! ¡Tengan lástima y compasión de este pobre viejo que no ha comido caliente desde un día que, sin darse cuenta, se tragó un ascua!...

A. Muela.—Madrid.



El joven.—Vengo a pedir la mano de su hija.

El Padre.—Juan: dí a mi hija que la espera el manicuro.

De *The Passing Show*.—Londres.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Izquierdo. Madrid.—¡A eso no hay derecho, Izquierdo!... Ya creo que te lo hemos dicho otra vez...

Deogracias. Madrid.—No hemos visto *gracias* más que en su nombre de pila, y eso no es suficiente para aspirar al estentóreo honor de darse a conocer en este semanario colosal.

L. O. E. Granada.—Una malísima noticia: *El iren rápido* ha llegado tarde a pesar de la velocidad que usted le supone.

A. B. S. Santander.—Nos ofrece usted un larguísimo poema de una seriedad catastrófica, y dividido en cinco cantos. Esto ya es una broma como para pedir los últimos Sacramentos. Pero después añade usted, creemos que con bárbara ironía, que el poema nos lo cede gratis y que debemos estimárselo porque menos da una piedra...

Y en eso es en lo que nosotros vemos la infame guasa: porque una piedra no puede dar más que una piedra y usted nos quiere obsequiar con cinco cantos, que es muchísimo más doloroso y feroz.

J. A. A. Jerez de la Frontera.—Su macabro capricho ha alcanzado la rara suerte de hacernos gracia. Entra en turno para su publicación.

V. A. S. Madrid.—Recibimos a su tiempo su *trabajito* (así lo llama usted) que no es sino una tremebunda novela por entregas. A pesar de la remota fecha en que llegó a nuestro poder, no lo hemos terminado de leer hasta hoy, y aún podíamos haber tardado el doble de meses, si no lo hubiésemos leído de prisa y casi sin dormir.

Nuestro juicio es totalmente adverso, admirado señor.... No sólo es largo hasta un extremo intolerable, sino que es más dramático que los famosos *Treinta años o la vida de un jugador*. Y aunque usted cree que los que compran el BUEN HUMOR no sólo quieren reír sino sentir, está usted sombríamente equivocado.

Claro es que con esa clase de literatura puede que sintieran, on lo dudamos; ahora que lo que sentirían sería haberse gastado los cuarenta céntimos que tenemos el desahogo de pedir por cada número.

En lo referente a las respuestas que damos a los espontáneos, le advertimos a usted que no admitimos lecciones ni de inglés (que es el idioma que más nos divierte). De lo que puede usted estar seguro es de que procedemos con todo el mundo con siete veces más corrección que la que se merece, y al que le llamamos bestia es porque tenemos motivos para asesinarle por la espalda.

Usted mismo, ¿cree que es tratarle mal, decirle lo que le hemos dicho?... Pues sepa el público que usted ha enviado catorce cuartillas en papel comercial, pliego doble, de veinte

centímetros de altura (que para leerlas las hemos tenido que poner en un facistol), con letra metida, con cuarenta líneas en cada cuartilla, divididas en diez capítulos, y con un asunto de novela de Luis de Val, amarga y cruel. Publicado eso en BUEN HUMOR, según cálculo de nuestro regente, haría veinte páginas, muchas de ellas sin poder meter un grabado... ¿Qué le parece? ¿Somos o no somos correctos?....

Charleston Gutierrez. Orense.—Primeras palabras de su sensacional y desafortunado artículo:

"Señores, me he enamorado como un idiota..."

¡Naturalmente!... ¿Pues como qué quería usted enamorarse?

Yebra Málaga.—Tiene menos gracia que un sacerdote moscovita en el desempeño de su misión.

D. N. Madrid.—Por ese camino no se va a ninguna parte. Es decir, se va a *Cestona*, que no creo que sea la estación de término anhelada en sus momentos azules de ilusión.

Zapatero. Madrid.—¡Lo que acaba de hacer Zapatero es para tirarle una bota! ¿Cómo se las habrá compuesto ese hombre para escribir una infamia semejante? ¡Por supuesto, como el calzado se lo componga lo mismo, está categóricamente apañado!

M. P. F. Sevilla.—No se admiten reclamaciones después de salir de esta casa. Y como usted no ha salido, sino que le hemos echado ignominiosamente quiere decirse que todavía las admitimos menos de usted que de los demás.



—¡No comprendo cómo usted, con su pequeño salario, puede venir a la taberna, teniendo mujer y siete hijos!

—¡Oh; los dejo en casa!

De *The Passing Show*. - Londres.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO UNION POSTAL	
Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas	Trimestre.....	9 pesetas
Semestre (26 --).....	10,40	Semestre.....	16 --
Año (52 --).....	20 --	Año.....	32 --

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS		ARGENTINA (Buenos Aires)	
Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas	Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 8 ⁶	
Semestre (26 --).....	12,40 --	Semestre.....	\$ 6,50
Año (52 --).....	24 --	Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid
APARTADO 12.142

Los famosos polvos insecticidas de Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-
ción de toda clase de insectos

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



ARENGER

Dib. ARENGER.

- Siempre que veo el mar me acuerdo con pena de mi hermano Joaquín.
—¿Murió en algún naufragio?
—No. Que como no vivió nunca en la costa, murió sin haber podido lavarse.